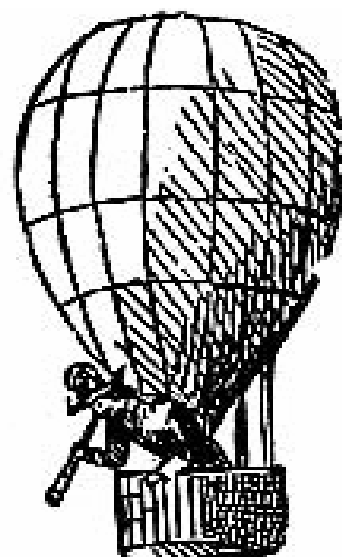
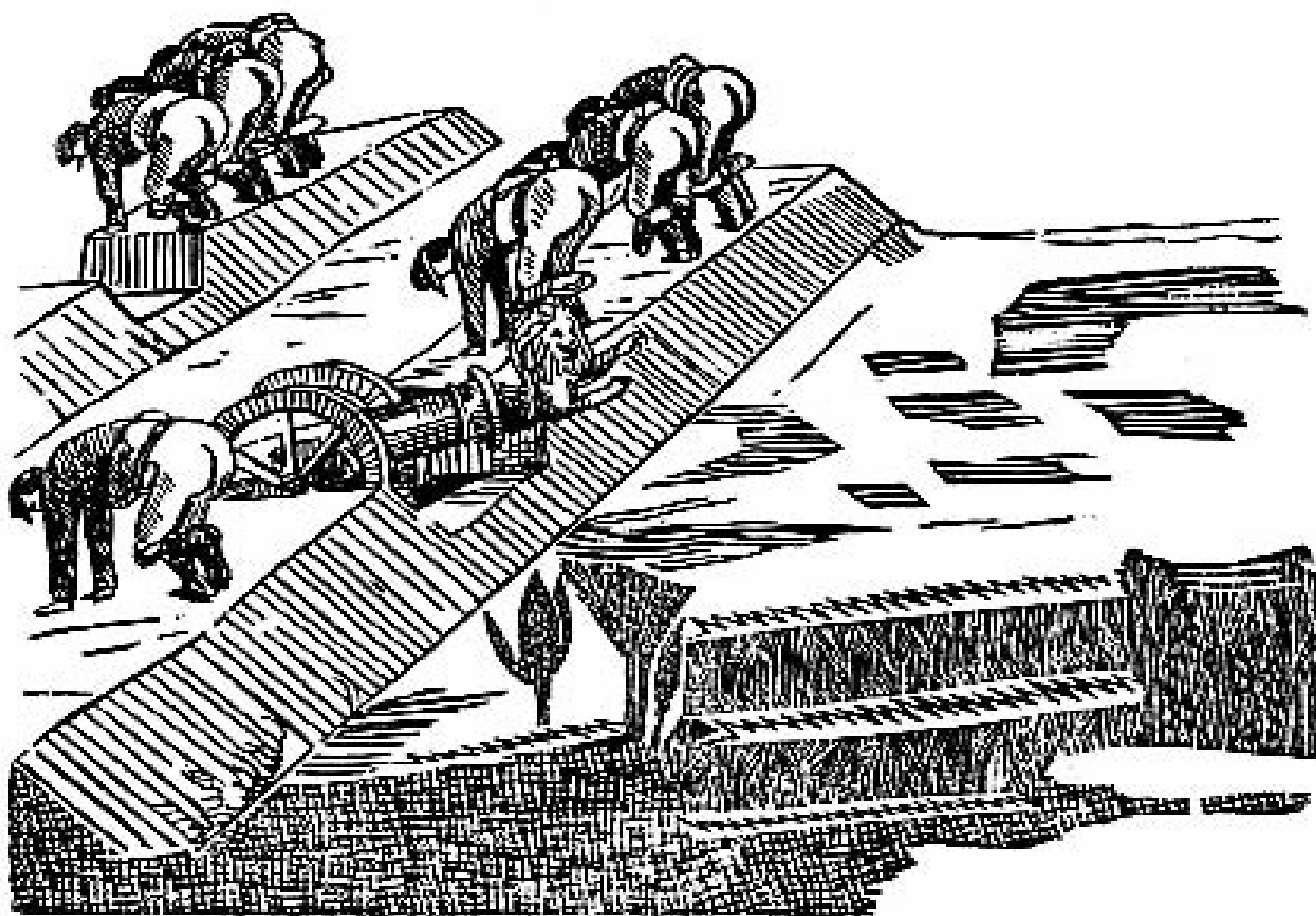


En boca de todos



Apuntes para divulgar historia



PRODUCCIÓN COLECTIVA

Índice

Sujetos, objetos, quiénes y qué	4
<i>Primera Parte</i>	
<i>La divulgación como problema</i>	
1. El fin de la historia... O la hegemonía del capital	6
2. El vacío es un espacio en perspectiva	7
3. La nueva divulgación	7
4. Una vez más... La crítica a la endogamia académica	8
5. La <i>historia del país</i> está por escribirse	9
6. La divulgación en otras partes del mundo	10
7. Algunas experiencias argentinas	11
Notas a la primera parte	13
<i>Segunda Parte</i>	
<i>Los problemas de la divulgación</i>	
1. Conectar con los usos populares del pasado	16
2. Construir un “dispositivo de intelección”	17
3. Encontrar nuestros “ancestros”	19
4. Tomar la distancia necesaria: la “memoria crítica” y el “olvido activo”	21
5. Desarrollar habilidades literarias para una narración con tensión dramática	22
6. Tener siempre presente la dimensión ética de la divulgación	27
Notas a la segunda parte	29
<i>Anexo</i>	
<i>Principales canales de difusión de nociones del pasado que afectan la formación social de la conciencia histórica</i>	30

*«Desde aquella vez no sabemos que hacer con las historias,
con los muertos que no aceptan su desdichada condición, no
sabemos que hacer con el miedo; no sabemos
encontrar nuestras manos, nuestra
tristeza. El mundo inconsistente»*

Del otro lado, Paco Urondo

Sujetos, objetos, quiénes y qué

Situación 1: Diciembre, mesa de examen de Sociología en una escuela media de Ing. Maschwitz.

Profesor (interrogando a la alumna): -¿Para quién investiga la sociología?

Alumna (dubitativa): -Mmm... Para la gente.

Profesor: -Mas que para la gente, para las instituciones...

Situación 2: Clase del profesorado de historia, se acerca el primer examen domiciliario y la docente recomienda a los nerviosos estudiantes recién iniciados.

Profesora: -Lo que escriban se lo tienen que dar para que lo lea algún familiar o amigo, no importa si no lo entiende, el tema es que suene bien.

El pasado siempre nos ha sido contado y de alguna u otra manera esta tarea fue realizada por algún miembro del grupo involucrado en esa historia: desde un relato familiar, donde el tío, la madre o el abuelo cuentan anécdotas, aportan datos o reconstruyen parentescos olvidados, hasta una comunidad tribal en la que el chamán o anciano adquiere la habilidad, no sólo de relatar el pasado colectivo, sino de franquear las barreras del tiempo comunicándose directamente con sus ancestros, los muertos. La tarea del historiador se nos presenta de alguna forma como una continuidad de estas prácticas, de esa necesidad social indispensable del ser humano: conocer su historia.

Cada pueblo tiene su historia y cada época sus historiadores. El relato que ordenaba el pasado argentino hizo crisis en diciembre de 2001, abriendo una grieta en nuestro sentido de la historia y dejando en su lugar un espacio vacante. El momento reclama nuevos relatos y nuevos historiadores capaces de articularlos.

El objeto de esta intervención es plantear la *divulgación de historia* como una actividad urgente y necesaria. Se trata de recuperar el vínculo entre la práctica del historiador y los modos en que la propia comunidad se relaciona con su pasado. Este desafío sólo puede ser afrontado organizándonos. Por eso este texto es también una convocatoria a un proyecto de autoformación y trabajo que piense cómo producimos historia, qué es lo que contamos y a quiénes buscamos interpelar al hacerlo.

Quienes escribimos esto formamos un grupo que viene cuestionando la producción de saberes tal como se da en ámbitos académicos y explorando modos de organización colectiva de la investigación y la escritura de historia.¹ El eje de este proyecto es volver a contar la historia argentina desde una perspectiva no centrada en el mundo de las élites o de la llamada “alta” política (aunque no puede olvidarlas), sino que busque expresarnos junto a aquellos que viven o han vivido resistiendo al dominio del estado capitalista, una narración del pasado que revele la incontenible creatividad de los hombres y mujeres que producen o han producido diariamente este mundo a través de la cooperación social. Los relatos históricos son una herramienta más en la construcción de discursos y prácticas de cambio social. Buscamos convocar a quienes quieran reconstruir el sentido político de la actividad de historiar, estén estudiando, investiguen o no, trabajen como docentes o estén involucrados con la historia de cualquier manera.

Lo que sigue a esta presentación no es una receta ni un método, sino un intento de pensar los principales problemas que involucra la actividad de la divulgación histórica.

Buenos Aires
Octubre de 2008

Romina Veliz, Luciano Zdrojewski, Pablo Cortés, Ana Guerra, Ezequiel Adamovsky, Martín Baña y Aldo Chiaraviglio

E-mail: divulgarhistoria@gmail.com

Notas

¹ Hace unos años ya, publicamos *Tiempo de Insurgencia. Experiencias comunistas en la Revolución Rusa*, que circuló en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (donde nos conocimos).

PRIMERA PARTE

La divulgación como problema

1. El Fin de la Historia... O la hegemonía del capital

“Para nuestros propósitos, importan poco los oscuros pensamientos de la gente en Albania o Burkina Faso, porque estamos interesados en lo que podríamos llamar la herencia ideológica común de la humanidad”
Fukuyama

La crisis del relato que ordenaba la historia argentina es un fenómeno que podemos enmarcar en una “crisis de sentido” propia de esta época. En primer lugar, los proyectos revolucionarios del siglo XIX y del XX han sufrido una derrota estratégica luego de la década del '70, cuando eran realmente palpables. Hoy parecen viejos sueños tras la ofensiva capitalista que se coronó en los años '90 con la disolución de la URSS.¹ El post modernismo festejó entonces la caída de los grandes referentes, esto es, el abandono sistemático de los conceptos que permiten la comprensión global de una situación (por ejemplo clase, estado, trabajo, totalidad, sujeto). A la vez, a pesar de su vocación crítica, terminó abonando una cultura que profundizó los peores aspectos del liberalismo individualista.

En segundo lugar, la crisis de sentido se vincula con las redefiniciones que vienen experimentando las identidades centradas en la nación, por obra tanto de la expansión del poder de mando del capital a nivel global como del surgimiento de formas de resistencia que trascienden los marcos estatales. En los últimos tiempos, en América Latina, los símbolos de lo nacional vienen siendo utilizados tanto en intentos del capital por recomponer su dominio como por parte de movimientos que lo resisten. En cualquier caso, ya no resulta evidente para cualquiera qué es la nación y cuáles son las comunidades que se reconocen en ella.

En tercer lugar, en el marco de la Argentina, los grandes cambios producidos durante los últimos treinta años han generado falta de perspectiva y de proyecto en las clases populares y en la militancia revolucionaria. La crisis que se expresó tanto económica, como política y socialmente a fines del 2001, abrió una serie de sentidos insurgentes que no lograron permanecer en el tiempo como opciones organizativas que generaran un nuevo proyecto. En fin, la crisis de sentido, desde el punto de vista de las luchas de las clases populares, responde a un problema subjetivo profundo: la ausencia, por el momento, de caminos para la recomposición política que articule sus fragmentos, hoy dispersos, en un nuevo proletariado.

En este sentido es que nos paramos desde aquellas prácticas, pensamientos y posibilidades que vimos abrirse delante de nosotros a partir del verano que se inició en diciembre de 2001. Hacía mucho tiempo que no se veía algo así. Las ciudades estaban inquietas. El malestar afloraba en todos lados. La crisis se volvía virulenta. Y como no podía ser de otra manera, algo hizo estallar el barril de pólvora. El humor social se había vuelto denso y se respiraba un contagioso aire de indignación y rebeldía. Las políticas de ajuste permanente iban a encontrar en la vereda de enfrente a una fuerza social en movimiento. Al principio fueron saqueos a comercios, supermercados preferentemente pero no sólo. Las barriadas habían sentido el toque de campana y habían ido a reventar algunos negocios. Aquí lo inició un puntero duhaldista, allí la imitación, más acá la bronca y así cundió el ejemplo. Semanas de saqueos para engordar las heladeras y los arbolitos de Navidad. La situación se volvió inmanejable, cierto dejar hacer en algunos lados, represión en otros. Llegó el 19 de diciembre y el entonces presidente De la Rúa decidió proclamar el estado de sitio. Una pueblada de dimensiones nacionales comenzaba esa misma noche ni bien el presidente terminó su discurso. Miles y miles de personas se movilizaban hacia algún lugar. Barricadas en los barrios anunciaban el punto de encuentro para luego seguir el espíritu de caminata que comenzó a regir nuestros cuerpos. Duró todo el día, siguió toda la noche y se extendió todo el día siguiente. Enfrentamientos con la policía en varias ciudades incluyendo la Capital Federal. Las consignas de esa primera batalla fueron “que boludos, el estado de sitio se lo meten en el culo” y la más duradera y en algún sentido estratégica “que se vayan todos”. Estas consignas fueron, como suele suceder en la tradición política argentina, coreadas por las multitudes que inundaban las calles. Y así fueron ganando en popularidad y masividad hasta convertirse en gritos unificadores de la protesta.

Se iniciaba una nueva etapa, nuestra etapa. Por fin se ponía fin, aunque fuera momentáneamente, a la figura del ciudadano solitario. Luego de 18 años se terminaba la dictadura que había dejado marcado a sangre y fuego el “retorno” a la democracia. Crisis institucional, falta de representación, organizaciones de base por todos lados, auge de movilización, creación de conciencia, aprendizaje acelerado, politización violenta. Duró un tiempo, se podrá discutir cuánto duró el auge de masas, pero no podemos dudar que dejó su huella, que la nueva época que vivimos está parida por el 19 y 20 de diciembre. Estas imágenes ayudan a situar lo que para nosotros es a la vez una crisis de sentido y la aparición de una serie de potencias y posibilidades aún no articuladas, aún no experimentadas en su máximo poder, pero que ya lanzan sus propias preguntas al pasado.

2. El vacío es un espacio en perspectiva

“Treinta radios lleva el cubo de una rueda; lo útil para el carro es su nada (su hueco). Con arcilla se fabrican las vasijas; en ellas lo útil es la nada (su oquedad)”
Lao Tse

Una historia es aquello que intenta dar cuenta del devenir de un determinado grupo de personas a la vez que ayuda a que esa sumatoria de individuos se constituya como un grupo específico, al otorgarles una identidad común, una memoria colectiva. Es un relato que se estructura a partir de una serie de problemas o *nudos significativos*, que son los que ordenan la diversidad de los acontecimientos. La historia intenta brindar a todos aquellos que abrevan en ella un sentido colectivo, una suerte de batería de respuestas para ciertas preguntas fundamentales de la sociedad. El intranquilo y preocupado “¿cómo hemos llegado hasta aquí?” encuentra en las páginas de la historia una tranquilizadora aunque no siempre agradable respuesta.²

En Argentina, luego de la vuelta de la democracia en 1983, los historiadores más relevantes del campo académico aspiraron a construir una narrativa nacional que dotara de sentido a la nueva experiencia. Contaron historias que apuntaban a la construcción de un país *normal*, capitalista y democrático, contra el país *deforme* de los años anteriores. La *normalización* del país tuvo su correlato en la reconfiguración de la historia nacional: la lectura que se hacía entonces del pasado estaba atravesada por la clave del desarrollo de la democracia. Los relatos, despojados del sesgo dramático de la lucha de clases, se limitaban a contarle a la sociedad el penoso y largo camino que había recorrido para llegar a disfrutar de las mieles de la democracia: instituciones fuertes, elecciones periódicas, libertades individuales y garantías constitucionales. Este discurso se sostuvo sin grandes sobresaltos mientras la certidumbre y la confianza colectiva en esa democracia fue alta. A medida que la normalidad del país se develó como la tragedia de una sociedad desgarrada, dividida en clases sociales enfrentadas, con ganadores y perdedores, esta narrativa fue perdiendo efectividad. Finalmente, la crisis social del 2001 terminó de hundirla, dando lugar a una situación de *vacancia de historias*.

Una *vacancia de historias* es el momento que se produce cuando los relatos históricos que daban sentido a las prácticas de la sociedad dejan de tener credibilidad y se vuelven vetustos, obsoletos. Supone una ausencia, un espacio que hay que volver a llenar. Todas las certezas y creencias que se tenían sobre ese pasado se desvanecen al ritmo vertiginoso que generan las dudas sobre el presente. Dado el vínculo innegable que existe entre historia y sociedad, las grandes crisis sociales producen grandes crisis en las narrativas históricas. La explosión de nuevas formas de organizarse, de cooperar, de relacionarse que se experimentaron después del estallido popular, fue lo que disparó una demanda creciente de nuevos relatos históricos, haciendo evidente la presencia de esa vacancia.

3. La nueva divulgación

Situación 3: Presentación de un libro de Jorge Lanata en la Feria del Libro. Intervenciones del público: “Jorge, todo bien con la lista de defectos argentinos, pero ¿Ahora qué hacemos? ¿cómo cambiamos las cosas?”

Pero claro, una nueva divulgación pronto se propuso llenar ese vacío... Cuando hablamos de “nueva divulgación” nos estamos refiriendo a autores como Felipe Pigna –quizá el caso más paradigmático– o Jorge Lanata y a los nuevos relatos históricos que se multiplican en diversos formatos con difusión masiva. No alcanza atribuir su éxito al hecho de que sean productos comerciales de grandes editoriales o medios de comunicación. Es necesario explicar el porqué de la irrupción actual de estas narraciones sobre el pasado nacional y de su mayor receptividad por parte de amplios sectores sociales.³

La enorme cantidad de libros, revistas, páginas web, programas radiales o de televisión, cursos o conferencias sobre temas históricos que circulan actualmente son producidos en general por divulgadores que provienen de ámbitos no “eruditos”. Una característica de estos relatos es que apelan a modos de comunicación y saberes ya conocidos por aquellos a los que se dirigen: la historia escolar, los recursos del periodismo, los héroes individuales y las fechas del calendario patrio.⁴ Al dialogar con saberes previos intentan construir un determinado sentido del pasado y el presente de la Argentina, colaborando así en una

nueva estrategia discursiva que apuesta por la recomposición de la autoridad y de las instituciones estatales. Por ejemplo, Pigna adopta la dictadura 1976-1983 como clave interpretativa de todo el pasado nacional en un movimiento paralelo al de los gobiernos de Kirchner y Cristina Fernández. La desaparición forzosa de personas aparece como tema central del recorrido histórico de la Nación, del asesinato de Moreno hasta los crímenes del Proceso, pasando por la Campaña del Desierto. Se propone así reconstruir una identidad argentina que contrarreste las exclusiones que operaron los militares y el neoliberalismo, de modo de ofrecer un marco para la reconstrucción de la autoridad estatal sobre una base nueva.

Sin duda existe tanto un designo político como un interés de mercado detrás del éxito de la nueva divulgación y de la sorprendente vocación historiadora de los medios.⁵ Ante la ausencia, por el momento, de un nuevo proyecto político antagonista, el estado/mercado capitalizó la demanda de sentido que se amplificó tras la crisis del 2001. Sin embargo, vale la pena indagar en la curiosidad, el interés y las preguntas propias de quienes se acercan a la nueva divulgación, porque la demanda social de sentido, despojada de la capitalización que de ella hacen el mercado y el estado, abre también posibilidades para la construcción de nuevos relatos históricos que conecten con ella. Por todo esto, más que rasgarnos las vestiduras por la “seriedad” o no de la nueva divulgación, nos interesa pensar por qué funciona, con qué funciona y cuáles son sus herramientas de intervención, de modo de poder demarcar y elaborar una propuesta de divulgación que busque implicar de otro modo a quien la reciba. Esta es la tarea que nos queda por delante.

4. Una vez más... La crítica a la endogamia académica

“No nos convertimos en lo que somos sino mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros”

Jean Paul Sartre

Teniendo en cuenta entonces el contexto planteado y con la nueva divulgación en las calles se nos presenta otra pregunta ¿qué está haciendo el campo académico mientras tanto? ¿Cómo se relacionan los “historiadores profesionales” con el resto de la sociedad?

Hace mucho tiempo que circula la caracterización del mundo académico como un espacio cerrado sobre sí mismo, donde lo que se produce es únicamente conocido por quienes pertenecen al mismo ámbito y donde el vínculo con la sociedad pareciera no ser un problema.⁶ No señalamos este aspecto porque sea nuevo sino porque creemos que identificando cuáles son las diversas instancias que hacen de la academia un ámbito cerrado, podemos pensar también por dónde abrir una brecha. Desde lo que se prepara durante las cursadas de las materias, pasando por las ponencias en congresos, los trabajos de adscripción, los artículos para revistas especializadas, las reseñas de libros, las monografías para seminarios de posgrado, la escritura de tesis, la presentación de todo aquello que colabore a aprobar, a sumar puntos, quizá lograr reconocimiento y así seguir avanzando, todo ello tiene y busca como único interlocutor al propio ámbito académico. Sin embargo, no se trata de denostar la tarea de investigación, sino de cuestionarla en tanto se cierre sobre sí misma.

El problema se vuelve crucial cuando se considera que la universidad también forma a una porción de los docentes que trabajan en escuelas medias. En este sentido, podría pensarse que la universidad estaría contemplando la formación de divulgadores, capaces de transmitir o traducir lo que allí circula o se produce de un modo significativo para no especialistas. Pero difícilmente alguien haga lo que nunca aprendió, pasando por una carrera donde el aprendizaje tiene que ver principalmente con el conocimiento de posiciones historiográficas y no con una reflexión sobre los sentidos asociados a la historia. En la medida en que el problema de la divulgación permanezca ausente en la formación académica, la docencia en nivel medio seguirá estando cada vez más separada del ámbito universitario.

Cuando hablábamos de *vacancia de historias*, intentábamos mostrar una coyuntura donde la divulgación se vuelve espacio de lucha por los sentidos de la experiencia pasada. Los nuevos divulgadores no dudaron en ocupar ese espacio. Frente a esto algunos académicos salieron con los tapones de punta a discutir en los diarios, en lo que fue y sigue siendo una clara defensa de la corporación historiadora. Así, la disputa se planteó sobre todo en términos “metodológicos”, defendiendo el correcto uso de las reglas del oficio. Los principales ataques se dirigieron a lo que se consideró exceso de simplicidad, falta de rigurosidad, mal uso de las fuentes y abuso del anacronismo. Algunas también apuntaron al “contenido” de tales relatos.⁷ En otras palabras, salieron a exigir, tardíamente, el derecho de ser la voz autorizada frente a una sociedad de

la que antes se habían desentendido. Acostumbrados a basar su autoridad en la validación corporativa del saber tal como existe salieron a resguardar su posición sin advertir que ella sola difícilmente proporcione el reconocimiento social del que gozan algunos de los nuevos divulgadores. En ninguna parte del debate se aceptó abrir la discusión sobre otros modos de validar el conocimiento histórico que vayan más allá de las credenciales que otorga el estado o del prestigio dentro del círculo de los especialistas. Esta reacción sólo oculta la incapacidad de la práctica académica de adquirir relevancia social.

Aunque la lógica misma de la carrera académica, por las prácticas cotidianas que estructuran su funcionamiento, mantiene enredada a la mayor parte de sus habitantes, muchos de sus miembros comenzaron en los últimos años a dedicarse a la divulgación. Así, historiadores de distintas posturas políticas se dedicaron a la escritura de libros para el gran público, manuales escolares y hasta de documentales y programas para la televisión.⁸ Sin embargo, esta relación con el “afuera” no está siendo contemplada como tarea, como perspectiva ni como problema estructural, del conjunto de quienes pasamos o habitamos espacios de formación académica. Ante esta realidad, el peligro es que los esfuerzos individuales de divulgación terminen organizados a partir de la lógica del mercado, produciendo imágenes fragmentarias del pasado que sean “vendibles” antes que narraciones que permitan su comprensión global.

Por todo esto, pensamos que no se trata de plantear una disyuntiva entre investigación y difusión, sino de problematizar la relación entre ambas prácticas, de cuestionar como único el camino que propone una especialización temática, que es a la vez una especialización en no saber o en ni siquiera pretender comunicar lo que se hace. Si nos reconocemos como habitantes incómodos de la academia es porque creemos que en sus márgenes existe la posibilidad del encuentro, de la producción de aquello que combata con la inutilidad de la acumulación enciclopedista de saberes. Queremos recuperar el sentido político de la actividad del historiador: contar(nos) historias que partan del mundo que habitamos y que otorguen un sentido insurgente a la experiencia colectiva. En palabras simples, no queremos dejarnos organizar por el mercado editorial sino intervenir en esta coyuntura buscando construir un proyecto político colectivo de divulgación.

5. La historia del país está por escribirse

*“Tampoco olvido que, pegado a la persiana, oí morir a un conscripto
y ese hombre no dijo: «Viva la patria» sino que dijo
«no me dejen solo, hijos de puta»”*

Rodolfo Walsh

A lo largo del siglo XIX las clases dominantes sudamericanas buscan y consiguen inventar un pasado e imponer un saber histórico que legitime su propia existencia. Así nace el gran relato por todos aprendido: el de las hazañas de los héroes libertadores de la patria, “próceres intocables que han nutrido el discurso histórico durante décadas al calor de la necesidad de configurar una identidad nacional”.⁹ El uso disciplinar de la historia suele ser un mecanismo más de la burguesía en la construcción de su hegemonía, al convertir al joven Estado capitalista en el actor principal de aquel relato. Así, la historia pasa a desempeñar el papel de ciencia patriótica y civilizadora, basada en la ideología eurocentrista del orden y el progreso. A través de la *Historia de la Nación Argentina* los capitalistas están en boca de todos, hablan en nuestro nombre, dicen por nosotros, se constituyen en sujetos de enunciación legítimos, mientras los proletarizados somos reducidos a objeto de enunciado.

La nación puede, entonces, entenderse como una operación de subjetivación colectiva, mediante la que todos nosotros pasamos a identificarnos con el Estado, que se apropia así de nuestras historias y les impone su unidad. De esta manera, las masas laboriosas sólo son comprendidas a través de la representación que la clase dominante les impone. No sólo se nos ha expropiado de los frutos del trabajo y los productos del pensamiento; la historia nacional también nos quitó la posibilidad de hablar desde nosotros que estamos *en contra*¹⁰. Así, resulta imperioso construir un relato de otro tipo, capaz de otorgar a las masas proletarias un sentido colectivo antagónico al de la clase dominante y que, de esta manera, contribuya a acabar con ella.

Pero no es cuestión de escribir cientos de líneas sobre la clase obrera o de hablar acerca de sectores populares o subalternos. Nada de esto nos pone –o al menos no inmediatamente– del lado de los que luchan. Esto no depende del sujeto elegido como protagonista de una historia, ya que el sólo hecho de hablar o escribir sobre algo no nos ubica necesariamente de su lado.

Hay que abandonar la tranquilizadora idea de que alcanza con publicar libros sobre revoluciones, o al menos poner en claro los límites de esta tarea. El problema de muchos libros “clasistas” es que son inapropiables, que aunque relaten experiencias de lucha, éstas no permiten articular las experiencias vitales

del pasado con las del presente: la cuantificación de los niveles de participación gremial no da cuenta de la intensidad de la politización de la vida; la mejor descripción científica de un estado de revuelta no transmite estado de revuelta.

Nos planteamos entonces narrar *la historia del país*, producir un contradiscurso insurgente que se constituya como un procedimiento de enunciación antagonista: un intento colectivo para recuperar las voces que nos son propias y, con ellas, relatar una historia propia de los dominados en oposición a la Historia de Nación.

No se trata de obviar la existencia del estado nacional, más bien todo lo contrario: queremos mostrar que hay algo más allá, que su misma construcción, su mera existencia, significan el sometimiento y la explotación de los muchos en beneficio de los pocos.

Partimos de que todo nace de la creación y el trabajo colectivos. Sometidos al capital, desposeídos y explotados, perseguidos, vejados, excluidos e ignorados, somos nosotros quienes producimos el mundo que narramos. El proyecto de historiar el país consiste en articular un relato que se componga de nuestras voces y nuestros ojos. Queremos mirar desde abajo para decir el país, reconstruir una trama subalterna que se imprime negro sobre blanco en la historia oficial y que entreteje la cooperación y el afecto, los boicots, huelgas y piquetes, la solidaridad, las revoluciones, sabotajes, malones y guerrillas, las alegrías y tristezas de la vida cotidiana, articulándolas en un gran relato que de cuenta de los derroteros de los habitantes del territorio delimitado hoy por el estado argentino.

El desafío que plantea la actividad de historiar el país es construir un nuevo discurso histórico para nuevas condiciones históricas de militancia. Salir de la dinámica interna de la producción académica para desarrollar saberes históricos solidarios con los saberes que se producen en la praxis del movimiento social antagonista. Nuestra idea de divulgar responde a la necesidad de que puedan producirse lazos de discurso a discurso, de boca a boca, de saber a saber, de un punto de politización a otro. Y así andamos los anónimos que queremos saber quienes somos; mujeres y hombres anónimos resistimos a las identidades de recambio que el Estado-historiador nos propone, porque ese mismo estado y ese mismo historiador sólo dará cuenta de nosotros en tanto estado.

6. La divulgación en otras partes del mundo

Aunque la academia argentina prácticamente no ha manifestado interés por pensar la divulgación como problema, ni por explorar el sentido práctico de la actividad historiadora, existe en otros sitios una larga tradición de aportes y reflexiones sobre estas cuestiones. Lo que sigue es una breve muestra de algunas de estas experiencias.

Un antecedente inspirador es el de los “history workshops” (talleres de historia) que un grupo de historiadores marxistas británicos estableció junto con obreros en la década de 1960. Cuando, como parte de esta experiencia, se fundó la revista *History Workshop*, el colectivo editor describió sus insatisfacciones y propósitos de un modo que es perfectamente aplicable a nuestra situación más de treinta años después:

Nos preocupa la disminución de la influencia de la historia en nuestra sociedad y su progresivo retiro de la batalla de las ideas. Esta reducción de su importancia no puede explicarse por un declive en el interés popular. A lo largo de la sociedad británica sigue existiendo el deseo de una comprensión histórica, que sólo en ocasiones es satisfecho por quienes fabrican series, popularizaciones, entretenimientos televisivos, etc. La “historia seria” ha quedado reservada para el especialista. Esta restricción es relativamente reciente: puede atribuirse a la consolidación de la profesión historiográfica, a la fragmentación creciente de los objetos de estudio (...) La mayor parte de los textos sobre historia no se producen con la intención de tener una llegada fuera de los rangos de la profesión y la mayoría están escritos para la atención exclusiva de grupos de especialistas dentro de ella. La enseñanza y la investigación están cada vez más separadas, y ambas divorciadas respecto de propósitos sociales más amplios. En la revista intentaremos restaurar un contexto más amplio para el estudio de la historia, para contrarrestar la fragmentación escolástica del objeto de estudio y con el fin de hacerla relevante para la gente común. La revista está dedicada a hacer de la historia una actividad más democrática y una preocupación más urgente. (...) Creemos que la historia debe convertirse en propiedad del común y ser capaz de dar forma a la comprensión que tiene la gente de sí misma y de la sociedad en la que vive.¹¹

Los talleres de la historia británicos dejaron un rico legado de investigaciones y experiencias que hizo sentir su influencia en varios países. El llamado a salirse del encorsetamiento profesional y académico en busca de un mutuo enriquecimiento de y con la sociedad –particularmente con las luchas de los grupos

subalternos– se tradujo en la formación de “talleres” en muchos sitios. En los Estados Unidos, por ejemplo, el movimiento adquirió un desarrollo notable con el Massachusetts History Workshop y otras iniciativas similares de investigación y escritura en las que historiadores formados participaban codo a codo en comunidades locales con trabajadores o con minorías oprimidas.¹² Con el tiempo estas experiencias y otras fueron dejando sedimentado un importante cuerpo de pensamiento teórico y práctico acerca de la actividad historiográfica fuera del espacio académico o universitario.¹³ Aunque no siempre interesadas en la crítica social o el compromiso de relacionar conocimiento histórico y activismo político, estos desarrollos abrieron áreas de reflexión que hoy ocupan un lugar prominente. En Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, el campo de lo que allí se dio en llamar “Public History” (historia pública)¹⁴ –es decir, la práctica de la investigación o la divulgación de la historia en contextos no académicos– tiene una extensión y una legitimidad notables. Ya hacia mediados de la década de 1970 la Universidad de California lanzaba su primer programa académico sobre la cuestión y una revista –*The Public Historian*– salía a difundir y defender los primeros resultados de las investigaciones.¹⁵ En la actualidad existen asociaciones especializadas y varias decenas de universidades que ofrecen cursos de grado y de posgrado en Public History.¹⁶

No es como argumento de autoridad que señalamos la importancia que tiene la divulgación como dimensión permitida (o incluso estimulada) de reflexión y producción académica en otras latitudes. Válida por su urgencia y por derecho propio, nuestra propuesta se limita a señalar que incluso en la meca de quienes en nuestro país esgrimen una estrecha visión “profesionalista” de la práctica historiográfica, la vocación de conectar la propia producción con las demandas de sentido del afuera social se ha hecho un lugar como preocupación legítima de historiadores que no son menos “profesionales” por dedicar su vida a ella.

7. Algunas experiencias argentinas

Volviendo a Argentina, podemos ubicar todo un campo que, lejos de la Academia, dedicó sus esfuerzos a conectar los relatos históricos con las necesidades sociales de sentido de su época, logrando en algunos casos una inserción masiva en las capas populares. Ya a fines del XIX, socialistas y anarquistas comenzaron a operar en tal sentido. Si los explotadores habían organizado el tiempo y la memoria colectiva en un calendario patriótico y cristiano, los anarquistas propusieron uno alternativo. En el *Almanaque Popular* publicado por la revista *La Questione Sociale*, cada día refería al protagonismo histórico de los explotados: ya sea una jornada de lucha, el natalicio o fallecimiento de algún mártir o pensador revolucionario o el ajusticiamiento de un rey o presidente. La disputa también se daba apropiándose, o mejor dicho, “expropiando” al enemigo de aquellos hechos significativos para su historia. Quizás, el mejor ejemplo para ilustrar esta lucha sea la Revolución francesa. Tal fue su importancia, que para el acto del 1° de mayo de 1902, los ácratas recrearon en Plaza Constitución la toma de la Bastilla “asaltando” una torre dispuesta para tal propósito, en cuya cima izaron la bandera roja. La construcción de un panteón de personas destacadas y la conmemoración de fechas significativas no era un simple recordatorio de un pasado lejano, sino la reactualización de un combate que se daba todos los días.¹⁷

Más recientemente, entre las décadas de 1950 y 1970, años de creciente politización y radicalización de la sociedad, existieron otras prácticas alternativas de divulgación que nos interesa mencionar. Ese contexto se volvió sobre escritores y cineastas generando una nueva relación entre movimientos de masas, prácticas políticas, ideologías y divulgación de historias. No traemos estas experiencias para proponer imitarlas, sino para pensar el sentido en el que intervinieron públicamente.

En disputa al mismo tiempo con la historiografía liberal-mitrista y con los gobiernos militares que siguieron a la “Revolución fusiladora” del `55, la corriente revisionista encara la divulgación de historia, dirigiéndose y alcanzando un público mucho más amplio que el erudito. En ese sentido valen de ejemplo los numerosos trabajos de Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña.¹⁸ Muchos otros libros de distintas tendencias circularon también, aunque no todos con el mismo alcance, buscando plantear la disputa en términos políticos a la vez que historiográficos. Por citar algunos nombres, podemos mencionar a Rodolfo Puiggrós¹⁹, Jorge Abelardo Ramos²⁰ y Milcíades Peña²¹. También Rodolfo Walsh²² y Osvaldo Bayer²³ intervinieron públicamente en la construcción de relatos sobre el presente y el pasado del país. En la misma tarea podemos ubicar a los grupos Cine de Liberación y Cine de la Base que filmaron películas, tanto documentales como de ficción, que se plantearon la reinterpretación de la historia como una tarea política.²⁴

Es claro que esas intervenciones buscaban aportar a la constitución política de determinados sujetos en un contexto dado. En el marco de la proscripción del peronismo, de las dictaduras, todas estas

experiencias alternativas de divulgación buscaban lograr masividad, pugnar por los sentidos que tenían ciertas prácticas sociales: la resistencia obrera, el peronismo, el clasismo, la lucha armada. Pelear por los sentidos de esas prácticas era una tarea más de los militantes revolucionarios, y para ello intentaron reconstruir desde una perspectiva diferente la historia contada por la academia, las escuelas y el estado. El sentido de la intervención es lo que nos interesa, la construcción de historias desde un punto de vista antagonista al sistema capitalista, las de aquellos que *estamos en contra*. Creemos que aquellos proyectos al menos advertían la necesidad de intervenir ante el gran público, con estrategias diferenciadas a las de los aparatos de estado y con contenidos que intentaban potenciar prácticas de subversión de lo establecido. Buscamos hoy, como entonces, volver sobre un pasado que parece ya muerto pero que vive en tanto herramienta para la conformación de identidades que excedan los marcos de la dominación de clase. Queremos, en fin, recuperar la figura del historiador como un contador de historias que sume su voz a la tarea de construir un nuevo trovador colectivo.

Notas

¹ No se trata, con esta afirmación, de discutir el régimen soviético sino de reconocer la diferencia que representaba su existencia en la lucha de clases a nivel mundial.

² Lo que sigue está basado en el trabajo de Acha, Omar, “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes”, en *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, N° 1, septiembre/octubre 2005, pp. 9-31.

³ Distintos trabajos vienen aportando a pensar esta situación en los últimos años, tal los casos de Omar Acha, ob. cit., Pablo Semán, “Historia, best-sellers y política”, en *El ajo continuo. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*, Editorial Gorla, Buenos Aires, 2006; Hernán Apaza, “Divulgadores de la historia, público y sentido común”, manuscrito facilitado por el autor, 2007. Otros análisis sobre la nueva divulgación se pueden encontrar en: Lucía Feijoo, “El nuevo interés por la historia. La visión light de Pigna y la crisis de la historiografía liberal”, en *Lucha de clases*, N° 6, junio de 2006; Beatriz Sarlo, “Historia académica vs. Historia de divulgación”, en *La Nación*, 22/01/2006 y Fabián Harari, “Acerca de la divulgación, los profesores universitarios y los manuales de historia”, en *La contra. Los enemigos de la Revolución de Mayo, ayer y hoy*, Ediciones r y r, Buenos Aires, 2006.

⁴ Así, la nueva divulgación difunde historia al modo del docente que explica *la verdadera historia* a sus alumnos, o utiliza grandes titulares de estilo periodístico para anunciar una investigación que *revelaría* datos hasta ahora desconocidos o trae los *chimentos* de los próceres, etc.

⁵ Sólo para recordar algún que otro hecho, cuando las Madres de Plaza de Mayo, HIJOS y tantas otras organizaciones realizaban actos colectivos de historización –como los escraches a militares, marchas de la resistencia, marchas del 24 de marzo, marchas por la Noche de los Lápices– la prensa en general proponía dejar el pasado detrás y pensar en el futuro, a no seguir reabriendo heridas del pasado y tantas otras formas discursivas que evidenciaban su complicidad con la dictadura.

⁶ A lo largo de la década del ‘90 se dieron debates e intervenciones que pusieron en juego distintas valoraciones respecto del significado del afianzamiento de la historia como disciplina, concepciones respecto de cómo se piensa un historiador, miradas sobre el vínculo entre ámbitos académicos y el resto de la sociedad. Se pueden ver al respecto: Reportaje a Roy Hora, Javier Trímboli y Fabio Wasserman, en *La Maga*, 11/11/1992; Luis Alberto Romero, “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, V Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia – I Jornadas Rioplatenses de Historia, Montevideo, Septiembre de 1995 (con el mismo título se publicó en *Entre pasados. Revista de Historia*, Año V, N° 10, Principios de 1996); Eduardo Sartelli, “Tres expresiones de una crisis y una tesis olvidada”, en *Razón y Revolución. Teoría, Historia, Política*, N° 1, otoño de 1995; “Manifiesto de Octubre”, texto firmado por Ezequiel Adamovsky, Ana G. Alvarez, Karina Bermudez, Jorge Cernadas, Ignacio Lewkowicz, Juan Manuel Obarrio, Elsa Pereyra, Horacio Tarcus, Javier Trímboli, Julio Vezub y Fabio Wasserman que se distribuyó inicialmente y convocó a un debate público en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1997 (más tarde fue publicado en las revistas *El Ojo Mocho* y *El Rodaballo*); Gustavo Prado, “El oficio del historiador a debate. Las impugnaciones de la profesionalización historiográfica en la Facultad de Filosofía y Letras (1993-98)”, en II Jornadas de Historia a Debate, Santiago de Compostela, España, 1999; José Omar Acha y Paula Halperin, “Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: el imaginario dominante de la historiografía argentina (1983 – 1999)”, en *Prohistoria*, Año III, N° 3, Primavera de 1999; Fernando Devoto, “Notas sobre los estudios históricos en los años noventa”, en *Cuadernos CLAHE*, Montevideo, 1999; Roy Hora, “Dos décadas de historiografía argentina”, en *Punto de Vista. Revista de cultura*, N° 69, Abril de 2001; Juan Manuel Palacio, “Una deriva necesaria. Notas sobre la historiografía argentina de las últimas décadas”, en *Punto de vista*, N° 74, Diciembre de 2002; Daniel Campione, *Argentina. La Escritura de su historia*, Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 2002.

⁷ Las opiniones de historiadores académicos pueden verse en: Juana Libedinsky, “Entrevista con Tulio Halperín Donghi: A la gente ya nada la sorprende”, en *La Nación*, 20/5/2002; Luis Alberto Romero, “Una brecha que debe ser cerrada”, en *Clarín*, 24/5/2002; Mariana Canavese e Ivana Costa, “Entrevista: Tulio Halperín Donghi. La serena lucidez que devuelve la distancia”, en *Clarín, Revista Ñ*, 28/5/2005; “Félix Luna: yo fui testigo”, *La Nación Revista*, 21/8/2005; Hilda Sabato y Mirta Z. Lobato, “Falsos mitos y viejos héroes”, en *Clarín, Revista Ñ*, 31/12/2005; Beatriz Sarlo, “Historia académica vs. Historia de divulgación”, en *La Nación*, 22/01/2006; Raquel San Martín, “La historia académica, al contraataque”, en *La Nación*, 11/10/2007.

⁸ Algunos ejemplos son la colección “Nudos de la historia” dirigida por Jorge Gelman y publicada por la Editorial Sudamericana; la colección “Historia Argentina” dirigida por José Carlos Chiaramonte; el libro de Federico Lorenz *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*, Norma, 2007; el ciclo de documentales conducidos por Gabriel Di Meglio en Canal Encuentro; la intervención de Fabián Harari en “25 de mayo de 1810. La revolución que Billiken nos ocultó”, *Veintitrés revista*, no. 516, 22/5/08, pp 22-27. Entre los manuales escolares, Juan Suriano, Marcela Ternavasio y otros, *Historia: El mundo contemporáneo desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días*. Buenos Aires, Santillana, 1995; Alejandro Cattaruzza y otros, *Ciencias Sociales 5 EGB Bonaerense*. Buenos Aires, Santillana, 1997; Fernando Rocchi y otros, *Ciencias Sociales 7*. Buenos Aires, Aique, 1997; Luciano de Privitellio, Mónica Ippolito y Sandra Minvielle, *Ciencias Sociales 9 Bonaerense*. Buenos Aires, Santillana, 2002; María E. Alonso, Roberto Elisalde y Enrique Vázquez, *La historia de las sociedades: del origen del hombre a la Europa moderna*. Buenos Aires, Aique, 2004; Luciano de Privitellio, Rogelio Paredes y otros, *Historia: La época*

moderna en Europa y América. Buenos Aires, Santillana, 2005; José Burucúa y Carlos Reboratti (coordinadores), *Ciencias Sociales* 7. Buenos Aires, Tinta Fresca, 2006.

⁹ Silvia Finocchio, “Cambios en la enseñanza de la historia: la transformación argentina”, en Iber, *Didáctica de las Ciencias Sociales, Geografía e Historia*, Vol. 6, N° 22, Año 1999, p. 26.

¹⁰ La frase está tomada de Mario Tronti, *Obreros y capital*, Madrid, Akal, 2001.

¹¹ Editorial Collective: “History Workshop Journal”, *History Workshop Journal*, no. 1, 1976, pp. 1-3.

¹² Véase James Green: *Taking History to Heart: The Power of the Past in Building Social Movements*, Amherst, University of Massachusetts Press, 2000; Jeremy Brecher et al. (eds.): *Brass Valley: The Story of Working People’s Lives and Struggles in an American Industrial Region*, Philadelphia, Temple Univ. Press, 2002; Jeremy Brecher: *History from Below: How to Uncover and Tell the Story of Your Community, Association or Union*, West Cornwall, Commonwork/Advocate Press, 1995.

¹³ Véase por ej. Raphael Samuel (ed.): *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984; Susan Porter Benson et al. (eds.): *Presenting the Past: Essays on History and the Public*, Philadelphia, Temple Univ. Press, 1986; Jesse Lemisch: “2.5 Cheers for Bridging the Gap between Activism and the Academy; Or, Stay and Fight”, *Radical History Review*, vol 85, 2003, pp. 239–248; Thomas Lindenberger y Michael Wildt: “Radical Plurality: History Workshops as a Practical Critique of Knowledge”, *History Workshop Journal*, no. 33, 1992, pp. 73-99.

¹⁴ La Universidad de New York así la define: “La historia pública es la historia que es vista, escuchada leída e interpretada por el público... es la historia que pertenece al público”. Ver <http://www.nyu.edu/gsas/dept/history/publichistory/main.htm>.

¹⁵ Véase Debra DeRuyver: “The History of Public History”, disp. en http://www.publichistory.org/what_is/history_of.html, 2000 [acc. 21/3/2008]. En el ámbito norteamericano se superponen dos impulsos de orientación ideológica opuesta. Por un lado, parte de la “public history” se entronca con los precedentes británicos y con los “radical historians” de la nueva izquierda de los años sesenta y setenta. Por el otro, buena parte de ese campo se vincula con un interés más de tipo “patriótico” o “cívico” por exaltar la historia nacional o local.

¹⁶ Véase <http://ncph.org/>; www.publichistory.org/; www.carleton.ca/ccph/index.html; www.ucpress.edu/journals/tph/; etc.

¹⁷ Ver Juan Suriano: *Anarquistas, cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890 -1910*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

¹⁸ Algunos de los libros que escribieron juntos son: *El asesinato de Dorrego* (1965), *Felipe Varela contra el imperio británico* (1966), *Las guerras civiles argentinas y la historiografía* (1967), *Folklore argentino y revisionismo histórico* (1967), *Facundo y la montonera* (1968), *El manifiesto de Felipe Varela y la cuestión nacional* (1968), *Baring Brothers y la historia política argentina* (1968), *Reportaje a Felipe Varela* (1969), *Proceso a la montonera de Felipe Varela por la toma de Salta* (1969).

¹⁹ Algunos de sus libros son: *De la colonia a la revolución* (1940), *Historia económica del Río de la Plata* (1945), *Historia crítica de los partidos políticos argentinos* (1956), *Pueblo y oligarquía* (1965), *El yrigoyenismo* (1965), *Las izquierdas y el problema nacional* (1967), *El peronismo: Sus causas* (1969).

²⁰ Algunos libros de Ramos son: *Revolución y contrarrevolución en Argentina* (1957), *El Partido Comunista en la política argentina* (1962), *Historia del stalinismo en la Argentina* (1969), *Historia política del ejército argentino* (1964), *Historia de la nación latinoamericana* (1968).

²¹ Libros de Milcíades Peña que fueron editados póstumamente: *Antes de Mayo* (1970), *El paraíso terrateniente* (1969), *La era de Mitre* (1968), *De Mitre a Roca* (1968), *Alberdi, Sarmiento, el 90* (1970), *Masas, caudillos y élites* (1973), *El peronismo. Selección de documentos para su historia* (1972), *La clase dirigente argentina frente al imperialismo* (1973), *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* (1974).

²² Algunos libros de Walsh son: *Operación Masacre, un proceso que no ha sido clausurado* (1957), *Operación Masacre y el expediente Livraga. Con la prueba judicial que conmovió al país* (1964), *Caso Satanowsky* (1958), *¿Quién Mató a Rosendo?* (1969).

²³ Osvaldo Bayer: *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia* (1970), *Los vengadores de la Patagonia Trágica* (4 tomos entre 1972 y 1975), *Simón Radowitsky, ¿mártir o asesino?* (1974), *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos* (1975).

²⁴ Algunas de las películas del Grupo Cine de Liberación son: “La hora de los hornos” (1968), “Perón: la Revolución Justicialista” (1971) y “Perón: actualización política y doctrinaria para la toma del poder” (1971). Algunos cortos y largometrajes de Raymundo Gleyzer (Cine de la Base) son: “Swift” (1971), “México, la revolución congelada” (1971), “Los Traidores” (1973), “Ni olvido ni perdón: 1972 la masacre de Trelew” (1973), “Me matan si no trabajo y si trabajo me matan. La huelga obrera en la fábrica INSUD” (1974).

SEGUNDA PARTE

Los problemas de la divulgación

1. Conectar con los usos populares del pasado

Para que sea verdaderamente productiva, la actividad de la divulgación no puede plantearse desde una posición “iluminista”, que es la que supone que existe, por un lado, un público que desconoce el pasado y carece de la habilidad de relacionarse con él y, por el otro, un grupo de historiadores con la capacidad de llenar esa carencia con conocimiento histórico. Nuestra perspectiva parte del supuesto contrario: consideramos un problema el que haya una escisión tan grande entre el gran relato que ofrecen los historiadores que cuentan la Historia (así con mayúsculas) y lo que se puede llamar los “usos populares” del pasado, las historias (en minúscula) que cuentan y se cuentan cotidianamente los no especialistas. Hablar de “usos populares” significa aceptar que el pasado es una dimensión presente en la vida de todas las personas y grupos sociales y que su utilización no es exclusiva de un grupo profesional. Existe una relación que es preciso visualizar entre pasado y cotidianeidad: la experiencia vivencial convoca al pasado y lo usa de maneras que no deben simplemente ignorarse o desvalorizarse por “poco rigurosas”. En otras palabras, existen, en el modo en que todas las personas hacen uso del pasado, momentos de verdad capaces de redimensionar la tarea del historiador profesional.

La existencia de “usos populares” del pasado ha sido materia de discusión en otros países. Un grupo de historiadores de la corriente de la Historia Popular norteamericana, por ejemplo, se ocupó de registrar, mediante una amplia encuesta, la presencia del pasado en la vida cotidiana de cada quien. Aunque la mayoría de las personas manifestaba que “la Historia” –expresión que relacionaban con los relatos escolares– le resultaba algo bastante lejano y poco interesante, muchos de ellos tenían no obstante una relación muy cercana y activa respecto de “el pasado”. Entre las actividades que los entrevistados reportaban realizar con entusiasmo estaban visitar museos, armar árboles genealógicos, mirar documentales en televisión, fotografiar y filmar videos para conservar recuerdos, leer libros sobre historia, o simplemente contarle a otro historias o escuchar relatos de familiares. En estos usos populares del pasado se observaban, como suele suceder entre las personas, diferencias de clase o étnicas. Por ejemplo, al pedirles que refirieran “al pasado” los blancos tendían a contar historias centradas en su propia familia, mientras que entre los afroamericanos e indígenas se hallaba una presencia más prominente de relatos que involucraban colectivamente a toda la comunidad (por ejemplo, de episodios de represión o de lucha por derechos civiles). El recurso al pasado, en fin, resultaba fundamental a la hora de construir las identidades personales y colectivas en las que cada cual participaba o creía participar. En todos los casos, los relatos y referencias a la historia estaban notoriamente disociados, en su contenido, respecto de “la Historia” que difunde el Estado o la academia, centrada en el relato del progreso nacional.¹ También para casos de países poscoloniales se ha señalado que la persistencia de esta dimensión cotidiana del pasado, disociada de los relatos de la historia Estatal/nacional, no puede ser interpretada como “carencia”; al contrario, exige que prestemos atención a la obstinada pervivencia de lo que el Estado colonial ha intentado suprimir.² Así, los “usos populares del pasado” pueden contener un momento de verdad que los propios relatos escolares o académicos desconocen u omiten por efecto de sus funciones ideológicas. Y, por supuesto, esto vale no sólo para situaciones poscoloniales. Algunos estudios para el caso argentino muestran una similar disociación entre los relatos estatales u oficiales “aprendidos” y el modo en que las personas narran la propia experiencia de ciertos sucesos.³

Uno de los problemas centrales de la divulgación es el de esta escisión. Partimos de la hipótesis de que, así como existe un momento de verdad en los usos populares del pasado que es capaz de iluminar la tarea del historiador, también la actividad más sistemática y reflexiva que se desarrolla como parte de una labor profesional tiene la posibilidad de enriquecer y expandir los alcances de la mirada que parte de la experiencia cotidiana. La historia profesional tiene la capacidad de aportar contextualizaciones y escalas de análisis que escapan al alcance y al registro de una vida concreta y particular. De nada vale imaginar que podría eliminarse la heterogeneidad de esas miradas. De lo que se trata, en cambio, es de explorar las maneras de trazar puentes *de doble circulación* entre ambas: introducir más vida en la Historia y dotar de más profundidad histórica a la vida. ¿Pero cómo hacer entrar el tiempo que dura una vida en una historia donde varias décadas ocupan un par de párrafos? ¿Cómo relacionar la experiencia personal de algunos años de trabajo en una fábrica con una etapa del proceso de acumulación capitalista?

La historia –ni la académica ni la de cada cual– jamás se narra en soledad. Por el contrario, se recuerda a un pariente, a la Revolución de mayo o a la hiperinflación de 1989 en conexión con otros recuerdos (propios o aprendidos) expresados o difundidos por otras personas o instituciones: la rememoración –tal como las identidades– se construye en diálogo con los otros (familiares, maestros de escuela, comerciantes del barrio, compañeros de trabajo), en vinculación con lo escuchado y leído, con convenciones establecidas culturalmente. Y además, siempre se recuerda *en situación*: lo narrado entra

inevitablemente en relación con el momento en que se enuncia, como parte de un “clima de época”, de una estrategia política o personal, de una corriente de opinión, etc., o afectado por un suceso personal o colectivo. Las historias se construyen de un modo si forman parte de los hitos escolares y de otro modo si sobreviven subterráneamente; se construyen distinto si participan de una subjetividad de clase o de grupo oprimido; se arman de modo diferente en momentos de aparente tranquilidad social y en otros de gran movilización. Si este es el substrato del que surge cualquier visión del pasado, entonces lo vivido y lo aprendido dejan de ser alternativas inconfundibles. Si el uso del pasado implica siempre un proceso de significación, al proponernos divulgar estamos pensando en intervenir en ese proceso, intervenir en la red social desde la cual se construyen los recuerdos. Y al explicitar esta parada estratégica, estamos repensando nuestro lugar de historiadores. La división social del trabajo, que produce por un lado intelectuales y por el otro “los que no saben”, no se borra con sólo formar parte de un movimiento. Aunque el objetivo sea acabar con esta división, no podemos actuar como si no existiera. El uso de los saberes tiene que ser colectivizado aprovechando las diferencias en un sentido igualitario. El papel del divulgador en este contexto podría ser el de esta búsqueda de volver a hacer “apropiable” un pasado que ha sido descolectivizado y alienado. Y en esta tarea, el puente con el plano de los usos populares del pasado resulta imprescindible.

2. Construir un “dispositivo de intelección”

Tanto los recuerdos de una persona, una familia o una comunidad, como los restos del pasado a los que tiene acceso un historiador a través de las fuentes, resultan en principio un universo casi infinito, fragmentado y sin sentido aparente. ¿Cómo orientarnos en nuestro recorrido por el pasado? ¿Qué buscaremos allí y cómo construiremos una historia digna de ser contada y que se conecte con la experiencia vital de las personas?

Lo sepan conscientemente o no, lo que guía en su exploración del pasado a todos los que cuentan la historia es una misma pregunta: ¿Quiénes somos nosotros? Tal pregunta es lo que podríamos llamar el “principio” de toda historia. Contar historias es siempre trazar puentes con el pasado, construir genealogías y sugerir analogías que iluminen y den solidez a un sentido colectivo particular, es decir, un “nosotros”. Si son contadas desde el punto de vista del poder, el “nosotros” será siempre el que existe en el presente *tal como éste ha sido moldeado por la clase dominante*. Se tratará entonces de legitimar y “naturalizar” una situación existente, y de apuntalar las identidades y subjetividades que le sean apropiadas. Es lo que se propuso, por ejemplo, aquella historia del “país normal” difundida luego de 1983 de la que hablamos en la Primera parte.

Desde una perspectiva emancipatoria, por el contrario, el “nosotros” que orienta las búsquedas no se sitúa en el presente sino en el futuro. El “principio” de la historia funciona en este caso como una hipótesis acerca de cómo será el “nosotros” que componga la diversidad de nuestras luchas y resistencias presentes. Es este “nosotros” el que, en busca de constituirse, redirecciona las preguntas acerca del pasado y nos sirve como guía en la búsqueda de los elementos históricos que nuestra situación convoca.

Los grandes cambios en las narraciones del pasado han tenido que ver siempre con grandes cambios en la manera en que se concibieron los “nosotros”. Cuando algún gran acontecimiento o cambio sacude y resquebraja las certezas de una época –como sostuvimos a propósito de la crisis de 2001–, se abre la posibilidad y la necesidad de cuestionar lo existente. Se intenta o bien restaurar los “nosotros” heridos, o bien construir otros nuevos. En cualquier caso, las preguntas sobre el pasado se multiplican y las dudas sobre la autenticidad de las historias heredadas se acumulan. La situación es fértil para arriesgar nuevos sentidos. Una narración del pasado es una especie de dispositivo que otorga solidez y consistencia a un “nosotros”, articulándolo con un relato que propone un sentido del pasado y que apunta, o bien al presente que se busca consolidar, o bien al futuro al que quiere abrir paso.

El término foucaultiano de “dispositivo” refiere a la disposición de una serie de prácticas y de mecanismos cuyo objetivo es hacer frente a alguna situación generando determinados efectos sobre las conductas. Las prácticas y mecanismos pueden ser muy diversos: leyes, edificios, doctrinas, actos de policía, etc., pero también los aparatos tecnológicos, los discursos, las imágenes, en fin, cualquier cosa que pueda de alguna manera incidir en las conductas de los seres vivientes. Cada uno de estos mecanismos y prácticas tiene su propia función y su lógica independientes y, sin embargo, es evidente que en ocasiones puede percibirse claramente un sentido coincidente en sus efectos. La noción de “dispositivo” sirve, precisamente, para identificar la red que se establece entre todos ellos para hacer frente a una situación incidiendo sobre las conductas, es decir, transformando a un simple ser viviente en un sujeto con tal o cual característica. En este sentido un dispositivo tiene siempre una función estratégica que se inscribe en una relación de poder.⁴

Retomando este concepto en un sentido más limitado, las historias pueden pensarse como “dispositivos de intelección del pasado”, es decir, un mecanismo para comprender lo ya acontecido desde nuestro punto de vista actual. Su función es la de fijar y estabilizar una serie de conexiones entre personajes, sucesos, eventos, y realidades pretéritos, de modo de otorgarles un sentido que los conecta con el presente y que contribuye a moldear identidades y subjetividades en relación a los requerimientos de una situación concreta. No hay valoración política *a priori* de un dispositivo así definido: su inscripción en las relaciones sociales puede ser tanto contrainsurgente como insurgente (o, para decirlo con otras palabras, puede asegurar la dominación o contribuir a erosionarla).

Las narraciones *liberales* de la historia argentina, por ejemplo, conforman un vasto dispositivo contrainsurgente, cuya red se conecta además con las historias de otras partes del mundo (cuyos conceptos y periodizaciones comparte), los campos académicos, la institución escolar, los monumentos, las imágenes canónicas de próceres o de momentos relevantes del pasado, los rituales de conmemoración, etc., y las diversas fuentes desde las que se emiten en toda sociedad mensajes relativos a los tiempos que precedieron al presente. Todas estas prácticas y mecanismos colaboran en la producción de un “nosotros” a la medida del poder.

¿Cómo podría pensarse un dispositivo de intelección del pasado que apunte en un sentido *insurgente*? Podemos buscar inspiración en la forma en que el concepto de “dispositivo” es utilizado en la clínica psicoanalítica. Podría decirse, desde esta perspectiva, que cada persona construye su propio “dispositivo biográfico” para otorgar un sentido a su vida (“hacer de su vida una historia”), conectando y valorando diversos episodios: el nacimiento, la educación, las parejas, un viaje, un hecho de violencia, una enfermedad, etc. El dispositivo biográfico es también, inevitablemente, relacional, ya que siempre establece vínculos entre la vida propia y las de los otros (la relación con la madre, el temor hacia un tío violento, etc.) y con ciertos hitos e instituciones que van más allá del radio de los allegados más próximos (la crisis que dejó a su padre sin trabajo, la guerra luego de la cual el tío volvió más violento, etc.). Al generar cambios en los dispositivos biográficos, en ocasiones las personas logran disponer mejor de su propia vida, reencuadrándose de otro modo en la historia propia; por ejemplo, reconstruyen las “escenas perdidas” de sus vidas, se abren a otras referencias, otros lugares, otras pertenencias (tanto propias como nuevas).

Retomando libremente algunas de estas ideas, podríamos decir que puede pensarse una práctica historiadora *insurgente* como aquella que busca habilitar una lectura del pasado que funcione como una mediación que ayude a las personas a encuadrar y “poner en escena” sus propias experiencias individuales (inevitablemente fragmentarias) como parte de una red más amplia y más “antigua” de relaciones, de historias y de determinaciones. Un dispositivo *insurgente* de intelección del pasado supone un trabajo sobre la experiencia personal y colectiva mediante el cual se hace posible la implicación y la incorporación de cada cual a la vida social *de otra manera*, toda vez que es ese dispositivo el que nos permite capturar *la totalidad* de las dimensiones que afectan nuestra propia experiencia vital.⁵ Los vínculos y conexiones que establece entre un presente y los hitos de su pasado apuntan a la posibilidad de recuperar el control colectivo y autónomo de la vida social enajenado por el capitalismo. La divulgación histórica puede pensarse, en este sentido, como un trabajo de reconstrucción de la red de determinaciones que afecta una vida y una situación presentes, que se realiza a partir de una huella del pasado que queda impresa de alguna manera en un uso popular presente.

Hemos logrado establecer que un dispositivo de intelección es una experiencia de acceso al saber, una praxis a través de la cual conocemos. Hemos señalado que nuestro contacto con el mundo genera sin cesar dispositivos necesarios a tal o cual fin. Aplicada a la historia, la noción de dispositivo se convierte en un concepto que funciona a la vez como instrumento y objeto de investigación, ya que se nos presenta como una movimiento con inscripción histórica que sirve para conocer el pasado. Un hecho histórico que nos involucra se reconfigura en nosotros a modo de dispositivo de intelección del pasado, habilitando la conexión de nuestra praxis con otras series históricas; un evento del cual fuimos partícipes comienza a funcionar en nuestras vidas de modo de parada táctica desde la cual abordar la historia.

Por supuesto que existe toda una serie de sucesos que no tienen la misma importancia, ni la misma amplitud cronológica, ni la misma capacidad de producir efectos sobre las personas. Para nosotros el punto de partida es claro: nuestra situación es la que dejó abierta la rebelión del 19 y 20 de diciembre de 2001 y la de la vacancia de historias a la que referíamos más arriba. Esa experiencia de masas, de organización popular, de combate, fue también una praxis de pensamiento que nos proporciona una lente; nos ha marcado tanto que nos reenvía al pasado con otros ojos. Los entramados políticos constituidos al calor de ese verano de rebelión han configurado un dispositivo que permite ver y nombrar nuevas cosas, o viejas cosas de nuevas maneras. El “principio” de nuestra historia es el “nosotros” múltiple que vislumbramos en esas jornadas. Nuestro dispositivo de intelección apuntará entonces a afirmar una serie de operaciones analíticas y

narrativas que permitan visualizar e interpretar la situación actual, y que nos ayuden a establecer los contornos que podría tener el sujeto político que ponga fin al capitalismo. Su contenido girará no en torno del Estado nacional y su historia, sino alrededor de una “historia del país” centrada en la experiencia de vida y de lucha de sus habitantes. Los usos populares del pasado, de los que hemos hablado antes, aparecen en nuestra estrategia reconocidos como el impulso central del que nace la actividad de historiar.

3. Encontrar nuestros “ancestros”

Contar una historia supone trazar líneas de vinculación entre nosotros y quienes nos precedieron, a través de un ejercicio narrativo. Los relatos así contruidos nos invitan a identificarnos con algunos de ellos, a reconocernos en algunos eventos y acciones, o, por el contrario, a rechazar o ignorar a ciertos antepasados y sus realizaciones. Por ejemplo, la historiografía liberal nos ha enseñado que somos herederos de los argentinos de la Revolución de Mayo (y éstos, a su vez, de los comerciantes porteños), de San Martín y Rivadavia, de Mitre y Alberdi, de Sarmiento y Roca. Lo que somos, nos dicen, es el fruto de la Organización Nacional, la educación pública, la inmigración europea, el desarrollo económico, la Ley Saenz Peña y la movilidad e integración social de las tres primeras décadas del siglo XX. La tensión dramática del relato liberal es la de la derrota de la barbarie y el atraso a manos de la civilización y el Progreso (o, en el liberalismo aggiornato de los historiadores post 1983, la formación de un “país normal”). El escenario, el de la nación Argentina.

Atacando este relato, los “revisionistas” propusieron hitos y protagonistas alternativos. Su drama no era el del Progreso, sino el de la grandeza nacional obstaculizada por las élites liberales. Sus protagonistas, los líderes con sentido patriótico malogrados por intereses del capitalismo foráneo: los argentinos de la Revolución de Mayo, San Martín y Rosas, los caudillos, Perón. Por detrás de ellos, el coro del Pueblo Argentino respondiendo al unísono, o resistiendo la antipatria. Los hitos elegidos son la Independencia incompleta (por culpa de una Organización nacional de tipo liberal), la industrialización bloqueada (a causa de un desarrollo económico deformado), las montoneras derrotadas (a manos de los porteños “civilizados”), las democracias populares interrumpidas (para evitar una verdadera integración social). A pesar de sus diferencias, y aunque encarnen en próceres rivales, liberales y revisionistas sostienen que las suyas son historias del pueblo/nación argentino de ayer y hoy.

Por su parte, los historiadores del marxismo tradicional, en su intento de situar el relato en un plano no tan identificado con la alta política y sus próceres, con las élites y el Estado nacional, aportaron su propia versión de los hechos. Su drama es el del desarrollo del capitalismo y el de los cambios socioeconómicos que podrán conducir al socialismo. La trama es lineal, aunque dialéctica: el capitalismo es “progresivo” cuando desplaza las formas sociales previas y despeja el terreno para la aparición de la clase obrera. Se vuelve “regresivo” una vez que esto sucede, en la espera de que el sujeto final de la historia por fin instaure una sociedad sin opresión. Los protagonistas son las clases sociales: burguesía contra realidades precapitalistas primero, proletariado contra burguesía después. En el relato, importan más los procesos que los eventos: para el primer período, los obstáculos que pudiera haber para la emergencia de un capitalismo hecho y derecho; para el segundo, las vicisitudes en la formación de la clase obrera. Su historia no es la de una nación o “pueblo” todo, sino, propiamente hablando, la de la clase obrera antagonista de ayer y de hoy.

El ciclo histórico mundial y argentino de las últimas tres décadas ha socavado la credibilidad de estos tres “grandes relatos”. Para decirlo en otras palabras, ya no nos reconocemos en los ancestros con los que esos relatos nos conectan. Si la globalización y la complejización creciente de las culturas erosionaron las narrativas protagonizadas por un Pueblo Nacional, la barbarie capitalista (del Proceso al menemismo) se encargó de disolver el atractivo de la fe en el Progreso. Por otro lado, el fin del experimento socialista, sumado a la explosión de radicalidad política protagonizada por una diversidad de sectores sociales que excede en mucho la clase obrera, nos lleva a poner en cuestión ciertas líneas del relato marxista tradicional.⁶ En Argentina, el 2001 funcionó como vórtice, profundizando una crisis de sentido que reclama nuevas narrativas capaces de otorgar significado a la vida social. Esta situación de “vacancia de historias” nos invita a repensar quiénes son nuestros verdaderos ancestros y qué tipo de vinculación nos une a ellos.

Las grandes narrativas disponibles nos proponen identificarnos con ancestros que no podemos aceptar como propios. No podríamos reconocernos en los próceres que se ocuparon de construir un Estado para impulsar y organizar la profundización de las relaciones mercantiles que hoy nos someten, ni en las

élites provinciales que buscaban mantener su poder o negociar un reparto mejor con sus pares porteños. Tampoco los obstáculos del desarrollo económico nacional y la industrialización se nos aparecen como asuntos nuestros, hoy que ambos deterioran nuestro planeta y precarizan nuestras vidas. ¿Y qué decir de la “civilización”, con su larga estela de violencia mental y física? Políticos, militares, estancieros, comerciantes, industriales, ideólogos del poder: las narrativas hegemónicas nos han enseñado a identificarnos con quienes son, más claramente, *los ancestros de nuestros enemigos*. Al mismo tiempo, han subalternizado, demonizado o invisibilizado a los que pudieran sernos propios.

La historiografía del marxismo tradicional contribuyó a apartarnos de esta perversa operación. Lo hizo, sin embargo, sólo parcialmente. Aunque reconoce los padecimientos de sus víctimas, muchas veces aceptó el carácter “progresivo” de la instauración del capitalismo, por su caracterización de la clase obrera industrial como sujeto revolucionario. Admitió de ese modo como propios a los ancestros de nuestros enemigos.⁷ Con el propio Marx, creemos que no hay una única situación objetiva que defina las posibilidades de la revolución, sino que se trata de hacerla a partir del momento concreto en que se vive. Y así como le decía a sus camaradas rusos que no debían “esperar” a que llegase el capitalismo a Rusia y que podían basarse en la comuna campesina como embrión del socialismo, nosotros decimos que no estamos dispuestos a rechazar de entre nuestros ancestros a los sujetos subalternos que vivieron antes de la efectiva aparición de la clase obrera. Nuestros ancestros nos convocan desde todas las épocas, mucho antes de que apareciera la clase obrera industrial y no permaneceremos impasibles ante el espectáculo de sus sufrimientos. Por lo demás, sabemos que hoy existe una multiplicidad de sujetos que, junto con los obreros pero de maneras diversas, luchan contra el capitalismo y por un mundo emancipado. Nuestros ancestros, entonces, incluyen pero exceden a la clase obrera: las historias que contemos, por ello, deben ser *ellas mismas* múltiples.

¿Qué historias del pasado resultará significativo que (nos) contemos hoy? ¿Las vidas y los hechos de quiénes, entre los que ya no están, nos siguen resultando actuales? ¿A qué muertos iremos a molestar con nuestras preguntas? En otras palabras: ¿Quiénes son nuestros verdaderos ancestros? Una respuesta posible sería identificar como ancestros a todos aquellos que, en cualquier época, estuvieran en una posición social de subalternidad (incluso si no fuera comparable con la nuestra hoy). Nos reconoceríamos, así, en “los oprimidos de siempre”, por contraposición a quienes ocuparon lugares de dominio o privilegio –las élites– de todo tiempo y lugar. Y sin embargo, ¿no resulta innegable que, en nuestras historias de emancipación, frecuentemente nos identificamos con vidas de personas que no pertenecían ellas mismas a ningún grupo oprimido? ¿No veneramos como ancestros, por ejemplo, al *príncipe* Kropotkin, al *médico* Guevara, al *cura* Torres, o al *industrial* Federico Engels?

Sabemos, con el llamado “marxismo crítico”, que las clases no existen como entidades sociales preconstituidas que entran en lucha, sino que es la propia lucha de clases la que las constituye. La dominación social supone un constante proceso de clasificación, es decir, de separación y ordenamiento de diferencias para constituir jerarquías de poder. Y sabemos que la lucha de clases es también una lucha constante por clasificar y contra ser clasificados, que se libra dentro de cada uno.⁸ En las huellas que deja la resistencia contra ser clasificado todavía podemos visualizar al sujeto que existe *más allá* de su clasificación. Es esta brecha la que permite que, en ocasiones (especialmente en el curso de grandes movilizaciones sociales), la resistencia consiga arribar a un momento de desclasificación, y haga, de lo que era un príncipe, un teórico anarquista, o de lo que era un empresario, un comunista. Esto nos obliga a reconocer que *es imposible saber a priori quiénes podrían ser nuestros ancestros*. No hay lectura estructural abstracta que nos indique en cuál, de entre todos los muertos, podríamos encontrar una historia digna de ser(nos) contada porque alimenta deseos emancipatorios presentes. Hay que conceder al pasado –como al presente– el beneficio de la complejidad.

¿Qué hacer entonces? ¿Buscar a nuestros ancestros entre “los luchadores”, es decir, aquellos que han resistido una situación de injusticia o dominación *independientemente* de la posición de clase que ocuparan? Eso podría ser una solución. Pero caeríamos entonces en un nuevo riesgo: el de un cierto “vanguardismo historiográfico”. Porque hemos dicho que buscamos contar historias que iluminen no sólo la resistencia, sino también el hecho de que el mundo en el que vivimos es el producto de la cooperación entre iguales, *protagonicen o no episodios políticos de lucha reconocibles como tales*. Por lo tanto, nuestras historias no pueden ser sólo épicas heroicas centradas en las grandes figuras de la resistencia, o en las gestas epopéyicas de la lucha de clase. Queremos, por el contrario, que puedan ser el hogar, *también*, de quienes labraron, tejieron, amaron y levantaron ciudades; de quienes inventaron la cultura que heredamos sin registrar el copyright; de quienes simplemente huyeron del alcance del poder (cuando todavía esto era posible) para vivir una vida sin amos; de quienes se esforzaron por conservar formas de cooperación ante el avance devastador del Estado y del mercado. Queremos que ellos también puedan ser nuestros ancestros, para que nos iluminen hoy un camino no vanguardista hacia la emancipación.

¿Cómo vincularse con cuáles muertos a la hora de construir un relato que otorgue sentido a nuestro presente? Llamaremos “filiación” a la operación narrativa que convierte a un simple muerto en un ancestro. No se trata de una operación unilateral, en la medida en que el mundo en el que vivimos *efectivamente* ha sido forjado por las luchas, las creaciones, los éxodos, las palabras, etc. de nuestros antepasados. Sin embargo, es desde el presente que trazamos, de todas las conexiones narrativas posibles, aquellas que potencian nuestros deseos de emancipación. No iluminamos a todos los ancestros potenciales, sino que invocamos a los que hoy necesitamos. Todo historiador sabe que elegimos nuestros ancestros tanto como ellos nos eligen a nosotros. En la noche oscura del pasado, lanzan fulguraciones que nos conducen hacia ellos; los invocamos justo cuando nos convocan. El contacto que así establecemos es necesariamente situacional: es él mismo *histórico*.

Toda operación de filiación parte de un “nosotros” actual que busca constituirse como sujeto colectivo. Para ello, requiere construir genealogías y puentes con el pasado: todo “nosotros” se echa luz y se construye a sí mismo reclamando legados múltiples que sirvan para cohesionar y dar sentido a su propia multiplicidad. Es el dispositivo de intelección del pasado el que nos permite trazar las líneas de filiación con ancestros que ya no están, haciéndolos de ese modo presentes *para nosotros*.

4. Tomar la distancia necesaria: la “memoria crítica” y el “olvido activo”

Narramos nuestra historia no situándonos en el pasado, ni siquiera en el presente, sino mirándola desde el futuro, desde el “nosotros” que apostamos a hacer presente, pero cuyos rasgos adivinamos, de alguna manera, ya en los ancestros con quienes nos filiamos. Contar historias es establecer esa conexión entre nuestro pasado y el futuro que anhelamos. Por ello, la operación de filiación conlleva un riesgo: el de retrotraernos simplemente al pasado, haciendo del presente y del futuro una pura repetición de lo que ya ha sido. El mundo del pasado avanza así por sobre el nuestro, privándonos de ese modo de un futuro distinto, propio.⁹

Para sortear este peligro, la narración de nuestra historia debe poder establecer una distancia crítica respecto de nuestros ancestros: el modo en que los recordamos debe reconocer que no somos ellos porque somos ya *otros*. Nuestras historias están contadas a partir de las vidas de quienes nos precedieron en las luchas sociales, de sus gestas y sus ideas, de sus métodos y sus creaciones, de sus victorias y sus derrotas. Pero si tal recuerdo asume la forma de una veneración acrítica, el pasado, más que fuente de inspiración y de sentido para la acción, se transforma en *una carga*. Por eso, para darnos la libertad de tener un futuro que nos sea propio, nuestras historias deben reconocer las vidas de nuestros ancestros a la vez como nuestras y ajenas, como actuales y como pasadas. Para la causa revolucionaria, como sabía el propio Marx, recordar las gestas del pasado puede ser tan importante como “desprenderse alegremente de ellas”, toda vez que de lo que se trata no es de “repetir el pasado, sino de construir el futuro”.

La construcción de este acercamiento al pasado que es también un distanciamiento –llamémosle una “memoria crítica”– requiere pensar operaciones narrativas específicas. Así como la orientación para el trazado de filiaciones surge de un dispositivo de intelección, es ese mismo dispositivo el que nos permite identificar los elementos del legado de nuestros ancestros que hoy resultan una *carga*. El legado que se transforma en una carga es aquél que ya no puede ser actualizable, o el que constituye un obstáculo para la práctica. Es desde nuestra apuesta *actual* por un “nosotros” que podemos visualizar aquellos aspectos del pasado que funcionan como un bloqueo para la acción en el sentido que nuestro presente requiere. La operación de la memoria crítica consiste entonces en relocalizar narrativamente un hito del pasado, para recordarlo de otra manera, es decir, para que deje de ser una carga que pesa sobre la acción.¹⁰

Por otro lado, cualquier historia implica la recuperación de aspectos del pasado y el “olvido” de otros. No es posible recordarlo todo: del universo infinito de lo sucedido, siempre seleccionamos al narrar aquellos hitos que tienen sentido *para nosotros*. Pero junto con esta forma de olvido existe otra que no es un mero efecto secundario (es decir, involuntario o no deseado) de la narración, sino que constituye su objeto mismo. Las historias de la clase dominante operan invisibilizando *activamente* la iniciativa histórica y la efectividad de la acción de las clases subalternas. O bien se ocupan sencillamente de no mencionar todo aquello que éstas han producido, o bien, cuando hay hitos imposibles de ocultar, los presentan privándolos de su propia racionalidad y sujetos a una narrativa que les quita su verdadero significado. Todo en las historias de la clase dominante, desde la forma en que se recolectan registros escritos de los eventos, hasta el modo en

que se los conecta narrativamente, apunta precisamente a olvidar *activamente* la presencia y la efectividad de la acción subalterna.¹¹

Estas formas del “olvido activo” son menos sencillas para una narrativa histórica como la que buscamos construir. Desde una perspectiva emancipatoria, no es posible “olvidar” la presencia de la clase dominante o privarla de racionalidad, porque para combatirla nos es preciso justamente hacerla bien visible y comprensible. Por otra parte, ya que la historia *ya ha sido escrita, registrada y difundida* desde su punto de vista, no podemos simplemente soslayarla. Por todo esto, la operación del “olvido activo” desde nuestro punto de vista sólo puede consistir en la crítica que ayude a “desaprender” las historias tal como nos han sido contadas por la clase dominante. Lo que en éstas es pura omisión, en las nuestras no puede sino ser un combate abierto.

5. Desarrollar habilidades literarias para una narración con tensión dramática

La historia académica construye un relato del pasado que se transmite en un estilo fácilmente reconocible, un lenguaje fundamentalmente abstracto y técnico, pretendidamente objetivo y desapasionado. Ese estilo de transmisión de los conocimientos históricos ha sido funcional al desarrollo de una actividad basada en el autoconsumo de sus producciones. Los libros, las revistas, los artículos académicos referidos al pasado escapan así de la posibilidad de ser apropiados por aquellos que no están dentro de la comunidad académica. Para salir de esta situación necesitamos ensayar nuevas formas de escritura de la historia. Debemos pensar el o los estilos que serían propios de la divulgación y explorar canales alternativos al del lenguaje escrito. Para ello, conviene rescatar algunos aportes que ha realizado la crítica literaria.

La historia académica, o al menos los efectos que se desprenden de su escritura, puede asimilarse a lo que György Lukács llama la actividad de *describir*. Analizando los métodos de exposición utilizados por algunos novelistas del siglo XIX, Lukács encuentra que aquellos escritores que hacen de la descripción su método de escritura crean personajes que “no son más que espectadores más o menos interesados de acontecimientos”. De allí que éstos se conviertan para el lector “en un cuadro o, mejor dicho, en un serie de cuadros” para la contemplación. De este modo, lo producido por aquellos que describen no hace más que ubicarse en una vitrina para que pueda ser contemplado, pero no vivido por todos. Es en este sentido que la historia académica *describe*.

Para contar historias que sean apropiables por los demás, es preciso pasar de la *descripción* academicista a la *narración* divulgadora. Puesto que si lo que caracteriza a la descripción es ese alejamiento del lector de lo que sucede en el texto, la narración está atravesada por una acción dramática en la que los lectores “vivimos estos acontecimientos”. La narración incorpora lo dramático en la composición del texto. Tal método de exposición supone, entre otras cosas, el interés por la riqueza y el colorido, por la variedad y la diversidad de la práctica humana. Lukács resalta que “las grandes novelas del pasado combinan la exposición de una humanidad significativa con la amenidad y la tensión, en tanto que en el arte moderno se van introduciendo cada vez más la monotonía y el aburrimiento”. Si la descripción nivela, la narración articula una poesía de la vida –tal el término lukacsiano– que no es más que la poesía del individuo que lucha, la poesía de la relación recíproca entre los individuos en su práctica verdadera. Para Lukács, “sin esta poesía interior no puede darse épica alguna, no puede inventarse composición épica alguna que sea adecuada para despertar, intensificar y mantener vivo el interés de los individuos. El arte épico consiste en el descubrimiento de los rasgos humanamente significativos de la práctica social, oportunos y característicos de cada caso”.¹²

El desarrollo de una práctica divulgadora que haga convivir y no meramente contemplar a los lectores debe introducir y desarrollar un estilo escritural narrativo y épico en sus textos, que incorpore el tenor dramático tan ausente de los textos académicos. Para desempeñar su función, la divulgación necesita valerse de herramientas estilísticas y estéticas diferentes de las que habitualmente emplea la historia académica. Presentamos a continuación algunas prácticas narrativas que estuvimos investigando. Son simplemente parte de la apuesta a construir un método de exposición que permita erosionar la división entre especialistas y resto de la sociedad.

5.1 La ficcionalización

La historia académica suele excluir completamente la ficción como recurso de escritura válido. La diferencia entre un libro de historia y una novela histórica, según se dice, reside en que el primero debe ceñirse estrictamente a la verdad conocida y fundada en documentos, mientras que la segunda puede dar rienda suelta a la invención, utilizando aspectos conocidos del pasado para dar mayor verosimilitud al relato. El problema es que los documentos históricos en general han registrado la presencia y productividad histórica de las élites y sus instituciones; son pocas o incluso nulas las fuentes directas de la vida del mundo plebeyo, del que en general sólo recibimos indicios indirectos. Por otro lado, como hemos señalado antes, los usos populares del pasado se interesan por una dimensión cotidiana y vivencial que rara vez es materia de los relatos históricos tal como los conocemos y de la que, de nuevo en este caso, quedan pocos registros documentales. Como argumentan los defensores de la novela histórica, es precisamente la capacidad de ese género de referir al universo de las personas ignotas y su vida diaria lo que lo hace una lectura popular y de interés masivo. Y es el recurso a la ficción lo que permite dotar al relato de una mirada más viva del pasado, al proponer una reconstrucción imaginativa acerca de cómo pudo haber sido la vida de aquellos que no conocemos simplemente porque han sido borrados de las fuentes y testimonios históricos. En este sentido, paradójicamente, la “ficción verosímil puede ofrecernos una interpretación más real y más viva de los sucesos que la de la historiografía, gracias a la mayor libertad del narrador para enfocar y colorear los sucesos y, en suma, para inventar o reinterpretar personajes”.¹³

La ficcionalización permite agregar al relato una conexión con la experiencia vital de sus protagonistas que, a su vez, habilite los indispensables ejercicios de empatía por parte del lector o espectador. Obviamente no podemos “saber” si aquellos de quienes hablamos, protagonistas de nuestras historias, tenían dolor de cabeza, si estaban transpirando, si sentían nervios, si estaban contentos, si tenían frío o calor. Pero sí podemos “imaginarnos” que les pasaban cosas por el estilo a partir de lo que sabemos de su época y de las reacciones humanas en general. Por ello, para filiarnos con gente que vivió su presente como nosotros el nuestro, podemos tomarnos la libertad de suponer nerviosismo, frío, angustia o alegría según reconstruyamos el marco de una determinada situación, un momento histórico. Lo mismo vale para la reconstrucción de los escenarios de la acción: se puede contar cómo las fábricas tiraban sus desechos a un arroyo y suponer al mismo tiempo el olor nauseabundo de semejante lugar. Ficcionalizar en este sentido, utilizar lo que serían descripciones propias de lo “literario”, significa para nosotros recobrar una dimensión de la historia que suele descartarse de los relatos de procesos sociales o que sólo se permite si forman parte de un testimonio personal. El uso de la ficcionalización comporta sin embargo riesgos de los que hay que estar precavidos, porque el historiador-divulgador tiene que mantener un compromiso de fidelidad respecto de las vidas pasadas y actuales. La apelación a la ficción, allí cuando sea necesaria, tiene que estar contrastada lo más rigurosamente posible con los conocimientos que tenemos acerca de una época y el universo mental de sus habitantes.

Un ejemplo de ficcionalización: En su libro *La máquina cultural. Maestras, traductores y vanguardistas* (Buenos Aires, Ariel, 1998), Beatriz Sarlo reconstruye la historia de Rosa del Río, una maestra de escuela de los años veinte que intenta inculcar los valores de la nacionalidad a sus alumnos de barrios pobres, en su mayoría inmigrantes. El interés de Sarlo es el de comprender procesos de difusión de la cultura en Argentina (además de ocuparse de esa maestra, el libro trata sobre Victoria Ocampo y sobre un grupo de cineastas de vanguardia). Lo interesante de la parte dedicada a la maestra es que Sarlo se permite escribirla en primera persona, como si fuera la propia maestra la que relata su experiencia. Apegándose estrictamente a lo conocido, la autora sin embargo agrega toques ficcionales que permiten al lector relacionarse de un modo mucho más vívido con el personaje histórico en cuestión.

5.2 El recurso al héroe y las biografías individuales

Un dispositivo efectivo a la hora de conectar el plano más global y abstracto de las determinaciones de un momento histórico con el más íntimo y pequeño de la experiencia vital cotidiana de los actores, es el recurso a las narraciones biográficas. Contar una trayectoria individual a veces permite mostrar de la manera más patente el modo en que funciona la vida social o se experimenta un determinado proceso de cambio en un momento particular. Al mismo tiempo, iluminar una situación histórica desde la perspectiva de una vida concreta facilita la comunicación del pasado con el presente del lector o el espectador.

Como señaló León Rozitchner, allí donde hay síntesis colectivas en un proceso histórico estas “surgen como convergencia de síntesis parciales individuales que nacen de una acción común”:

Pero siempre hay alguien que las impulsa, algunos que las mueven, que las encarnan con mayor decisión. Esta síntesis vivida por todos debe verificarse como posibilidad humana: es la figura del héroe, del prototipo, que une en sí mismo lo racional con lo sensible y lo hace acceder, por su coraje, vívidamente para los otros. Hay uno que emerge haciendo visible, como forma humana de tránsito real de la burguesía a la revolución, el camino hacia la transformación que todos podrán recorrer. Así adquiere forma humana sintética lo que hasta entonces era disgregación colectiva, anuncio vago, existencia virtual. El conocimiento, a nivel de la praxis social, siempre tiene “forma de hombre” para poder ser vehículo de transformación: siempre requiere formar cuerpo en alguien para unificarse.¹⁴

Pero el recurso a la biografía centrado únicamente en vidas heroicas corre el riesgo de apartarse de la experiencia de las mayorías (con no poca frecuencia el héroe ha sido la figura central de las narraciones elitistas o vanguardistas del pasado). La utilización del plano biográfico no debe por ello aplanar la complejidad del ser con idealizaciones y personajes que, a fuerza de mitificación, se vuelven unidimensionales, perfectos e inmaculados. Para conjurar este peligro, allí donde se elijan vidas heroicas para iluminar un momento del pasado, el relato puede apelar a su “humanización” situándolas *también* en su dimensión más corriente y cotidiana. Como apunta José Saramago,

dicen los entendidos en bien contar cuentos que los encuentros decisivos, tal como sucede en la vida, deberán ir entremezclados y entrecruzarse con otros mil de poca o nula importancia, a fin de que el héroe de la historia no se vea transformado en un ser de excepción a quien todo le puede ocurrir en la vida salvo vulgaridades. Y también dicen que es este el proceso narrativo que mejor sirve al siempre deseado efecto de la verosimilitud, pues si el episodio imaginado y descrito no es ni podrá convertirse nunca en hecho, en dato de la realidad, y ocupar lugar en ella, al menos ha de procurarse que pueda parecerlo...¹⁵

Nuestra relación con la función del héroe es por esto necesariamente ambigua. Aunque podamos conducir el relato a través del prisma de una vida heroica, no enaltecemos panteones de héroes-individuos. Nuestra mirada está puesta prioritariamente en la acción de las mayorías anónimas y sus prácticas comunizantes. La utilización de historias de vida individual tiene sentido en la medida en que permitan comprender mejor procesos colectivos (justamente porque los corporizan) o en los casos en que una acción personal se conjuga de manera decisiva –aunque no coincidente– con la propia iniciativa histórica de los muchos.

Un ejemplo de recurso al héroe y a la biografía individual: En *La Revolución rusa* (Barcelona, Edhasa, 2000), Orlando Figes conduce todo el relato “mechándolo” con narraciones de vidas de personajes poco conocidos o ignotos que participaron en la revolución: un oscuro campesino, el jefe de una brigada insurrecta, un general zarista que decide colaborar con los bolcheviques. El seguimiento de esas vidas concretas, contadas en estilo literario, le permite reconstruir de un modo muy vívido las alternativas del proceso revolucionario y las diferentes formas en las que las personas concretas de entonces enfrentaron los dilemas políticos del momento.

5.3 La persona en que se escribe y las “voces” del relato

La historiografía académica narra exclusivamente en tercera persona y en un estilo analítico o “realista” que muy ocasionalmente deja percibir la presencia del narrador. La historia de divulgación puede utilizar otras perspectivas y voces. Por ejemplo, un relato puede alternar la voz del historiador que narra en tercera persona con la de un “testigo” que pueda hacerlo en primera persona. De hecho, incluso los académicos recurren a este tipo de dispositivos, aunque confinándolos al texto de una cita. Apelando a ficcionalizaciones cuidadosas, la voz del testigo podría adquirir un lugar más protagónico como conductora de parte del relato allí donde fuera necesario. El ejemplo de la maestra de Beatriz Sarlo mencionado más arriba sirve también para ilustrar esta posibilidad. El uso de voces ajenas a la del propio historiador también podría servir para hacer patente de manera vivencial la “polifonía” que caracteriza a la mayoría de las situaciones históricas. Aquí el relato podría ser conducido por varias voces que, en primera o tercera persona, presenten cada una una perspectiva diferente acerca de los sucesos narrados.

Por otro lado, en ocasiones puede ser de utilidad que el historiador incluya su propia perspectiva de un modo más explícito en el relato. Por ejemplo, a la manera de las tramas detectivescas, el historiador puede revelar los procedimientos metodológicos mediante los cuales llegó a recabar determinada información sobre

un evento y luego le otorgó una interpretación precisa. Además de implicar más al lector o receptor de la historia, un procedimiento tal tiene la ventaja de “socializar” los saberes profesionales, ponerlos a disposición y someterlos al juicio de los demás. En ocasiones, el historiador puede hacerse presente de manera deliberada para situarse a sí mismo entre las historias de las personas de las que habla, como partícipe de los hechos, de modo de que se perciba que su propia voz no es sino un punto de vista. En ocasiones, lejos de debilitar la credibilidad del relato, la decisión de exponerse como persona ante los lectores puede reforzarla, toda vez que la vocación de honestidad del historiador queda en primer plano.

Un ejemplo de la incorporación de procedimientos metodológicos en el relato: Federico Lorenz en *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta* (Buenos Aires, Norma, 2007) no detalla solamente las fuentes utilizadas a modo de apéndice sino que también incluye aspectos metodológicos en el cuerpo del texto. Por ejemplo, habla de su relación con Carlito –el protagonista a partir del que se estructura la historia– y con el resto de los navales, explicita las discusiones en torno del uso de entrevistas como principal fuente para construir un relato, incluso cuenta en el marco de qué diferentes trabajos fue dedicándose a la escritura de ese libro. La presencia de estos elementos permite al menos evitar una suerte de *efecto misterio* en relación con cómo el historiador construyó, reconstruyó y se posicionó respecto a la historia narrada.

Un ejemplo de la voz del historiador expuesta como punto de vista: En *El 45* (Buenos Aires, Sudamericana, 1971), Félix Luna concluye cada capítulo con un breve texto autobiográfico impreso en una tipografía diferente. Los textos relatan algunas escenas de su propia vida como joven militante radical en tiempos de la irrupción del peronismo. Las anécdotas reflejan la incomprensión que jóvenes como él tuvieron frente al nuevo fenómeno, su miopía y prejuicios sociales. Además de darle frescura y credibilidad al texto, estos breves pasajes autobiográficos, que sin embargo muestran las limitaciones del joven para comprender la realidad, fortalecen la pretensión del historiador adulto de estar comprendiéndola correctamente en el presente.

5.4 El hilo dramático de la narración y la valoración del pasado

Es frecuente escuchar, entre las críticas que la historiografía académica realiza a las obras de divulgación, que éstas se ocupan de señalar “buenos” y “malos” en el pasado. La historia “seria”, según argumentan, se ocupa de comprender el pasado, mostrar la complejidad de los procesos, cuestionar las visiones naturalizadas, deconstruir mitos. Se trataría, precisamente, de cuestionar las visiones que se ocupan de distinguir simplísticamente “buenos” y “malos”. El resultado frecuente de este punto de vista es el de una desdramatización general del pasado: en una historia reducida a fragmentos inconexos –demasiado “complejos” como para aceptar grandes síntesis–, se pierde de vista el lugar central que tiene la lucha entre el poder y las formas de solidaridad social, o entre el capital y el hacer libre en las sociedades contemporáneas. La prosa del historiador pierde así tensión dramática y, con ella, interés para el gran público.

Nosotros partimos del supuesto contrario: contar historias que otorguen sentido a la experiencia involucra no sólo comprender el pasado y someterlo a crítica, sino también *valorarlo*. En la historia *si hay “buenos” y “malos”*: existen acciones, individuos, procesos, instituciones, ideas, etc. que contribuyen en un sentido positivo a la libertad, a la cooperación entre iguales, a la solidaridad, mientras que hay de los que empujan en sentido contrario, hacia la opresión, la explotación, la destrucción de la naturaleza o del lazo social. Las historias que queremos contar son precisamente historias de esta lucha constante entre poder y emancipación, opresión y libertad, explotación y cooperación, violencia y justicia. No nos interesa tan solo conocer el pasado, sino contarlo a través de narraciones que lo valoren, que muestren aquello que apunta en un sentido emancipador e inviten a apartarse de (y combatir a) aquello que nos daña. El hilo dramático de las historias que buscamos contar, entonces, se apoya en la distinción de dos campos en lucha y convoca a situarse “del lado de los buenos”. Para decirlo en otras palabras, apela a un “nosotros” enfrentado a un campo enemigo. Sin pedido de disculpas. Porque, por otra parte, sabemos que incluso en las obras más académicas y con pretensiones de “neutralidad” se cuelan inevitablemente valoraciones de los hechos y los sucesos relatados.

Situar esta tensión dramática y esta voluntad valorativa del pasado en el centro de la actividad de contar historias conlleva, sin embargo, dos peligros que es preciso advertir. Por un lado, está el riesgo del “esencialismo”, es decir, la identificación de sustancias ahistóricas del “bien” y del “mal” que permanecen siempre iguales a sí mismas. Nuestro ejercicio narrativo debe apartarse de ese riesgo por cuanto es capaz de reconocer la distancia entre nosotros y nuestros ancestros. El segundo peligro es el de caer en el “maniqueísmo”, es decir, un ejercicio valorativo demasiado apurado en trazar la línea entre esos campos, que

aplasta por ello la complejidad de la vida social bajo esquematizaciones simplonas. Este tipo de narraciones glorifican e idealizan aquellos sujetos, prácticas o períodos que buscan resaltar y demonizan las que perciben como contrarias. Nuestra responsabilidad ética, la fidelidad con las vidas pasadas de las que hablamos y con las personas presentes a las que nos dirigimos, nos previene en contra de tales simplificaciones.

Un ejemplo de narración que valora el pasado: Osvaldo Bayer en *La patagonia rebelde* (Buenos Aires, Hyspamerica, 1980) trata de “falacia, embuste y mentira” el informe del teniente coronel Varela que encubre el asesinato del líder huelguista “Facón Grande”, aclarando que “hubiéramos podido decir solamente falta a la verdad y no elegir palabras tan duras pero, cuando de por medio está la vida de un hombre, hay que ser realmente objetivos y emplear los términos con que cuenta nuestra lengua y no tener temor”. Si la historia de los 1500 huelguistas fusilados por el ejército argentino fue enterrada junto a sus cuerpos, para Bayer, esclarecer objetivamente los hechos no sólo implica relatarlos sino también valorarlos.

5.5 Los tiempos del relato

La buena historia evoca siempre, explícita o implícitamente, vinculaciones con el presente. Para la tarea de divulgación es preciso hacer un uso consciente y precavido de este poder de las historias. Los actos narrativos de filiación que produce el contar historias requieren y autorizan la puesta en contacto de temporalidades diferentes: la del pasado (incluso remoto) y la de nuestro presente. Esta puesta en contacto se puede realizar a través de diversos procedimientos. Desde el punto de vista puramente estilístico, la manipulación y “juego” con los tiempos verbales pasados, presentes y futuros puede ser una veta digna de explorar.

Pero hay también otros procedimientos disponibles. Uno de ellos es el de la analogía. Como figura, se trata simplemente de la comparación de algún elemento del pasado con otro más conocido (porque es actual o porque existe de él un conocimiento mayor). Como toda comparación, permite asociar aspectos compartidos de dos períodos sin por ello ignorar sus diferencias. Por dar un ejemplo, en nuestro texto *Tiempo de Insurgencia* exploramos una analogía entre los procesos de desclasificación que habilitó la Revolución rusa y otros similares (aunque de una escala infinitamente menor) en la rebelión abierta en diciembre de 2001 en Argentina. Se trata de dos momentos completamente distintos, pero la analogía permite conectar sus temporalidades y echar luz sobre ambos. Para quienes participaron del proceso de 2001, la analogía también permite un acercamiento más vívido a la situación que podrían haber experimentado los ancestros de 1917.

Otro procedimiento que vale la pena explorar es el del *anacronismo*. Como ejercicio, consiste en trasladar un concepto o una imagen del pasado al presente o en sentido inverso, del presente al pasado. El elemento trasladado claramente no forma parte legítimamente del momento histórico en el que es inserto. Y sin embargo, en algunas ocasiones, puede servir para iluminar líneas de continuidad que conviene tener presentes. Un ejemplo posible de este uso es el que Felipe Pigna empleó para explicar la crisis económica de 1890 y las medidas que Juárez Celman que la propiciaron. Para hacer más fácil de comprender la dinámica de especulación financiera, connivencia estatal, corrupción política y pago de los “platos rotos” de 1890, Pigna refirió a las limitaciones al retiro de depósitos de entonces como el “primer corralito”. Por supuesto, esta operación también conlleva riesgos análogos a los ya señalados, cuando se utiliza de un modo que violenta la realidad histórica de cada momento. Valga como ejemplo otro tomado de Pigna, la metáfora de “el primer desaparecido” referida a la muerte de Mariano Moreno, que yuxtapone modos de acabar con disidentes que en verdad tienen poco en común.

Otros recursos estilísticos pueden resultar útiles en el mismo sentido. El “flashback” y “flashforward” –para tomar una terminología cinematográfica– también permiten trazar líneas de continuidad entre momentos diferentes, anticipando información de períodos posteriores a la época referida o retrotrayéndose a escenas del pasado que, a simple vista, no tienen mucho que ver. Este procedimiento altera la secuencia cronológica de la historia de un modo que genera una inteligibilidad nueva. Considérese por ejemplo la siguiente frase:

Los elencos económicos del Proceso incluyeron personajes de curiosas trayectorias. El principal ministro de economía fue José Alfredo Martínez de Hoz, descendiente de una antigua familia de estancieros fundadores de la Sociedad Rural, de los que más tierra recibieron gracias a la “Campana del Desierto”. Ricardo Zinn, de sólidos vínculos con los bancos y las empresas transnacionales, se convirtió en su asesor (a los militares no les importó que hubiera sido funcionario de Isabelita, como tampoco a Carlos Menem le

importó que hubiera colaborado con la dictadura cuando volvió a requerir sus servicios para las privatizaciones de la década de 1990).¹⁶

En el ejemplo, las referencias a momentos pasados y futuros a los del momento que se está narrando (el Proceso), contribuyen a trazar líneas de continuidad que iluminan los apoyos políticos de la empresa de los militares y la permanencia de un programa económico similar en tiempos venideros.

6. Tener siempre presente la dimensión ética de la divulgación

Cualquier acción humana tiene una dimensión ética y esta dimensión es directamente política, pues implica realizar valoraciones sobre el pasado, el presente y el futuro. El quehacer historiográfico y la divulgación no son la excepción. Se trata entonces de preguntarse si pueden distinguirse acciones y prácticas “correctas” y “reprobables” relacionadas con la divulgación; en otras palabras, si debe haber consideraciones éticas que orienten el modo de realizar nuestra actividad.

Partimos de la base de que los juicios éticos no surgen de individuos aislados ni de supuestas leyes morales universales, sino de una realidad primordial y concreta: la vida colectiva. Aquello que somos como personas, nuestra propia identidad individual, las ideas que tenemos acerca del mundo en el que vivimos: todo surge en nuestra relación con el otro. Por eso una existencia ética, “sin coartadas”, es aquella que no se cierra en el monólogo, que no hace de los demás meros objetos de su propia vida, sino que se mantiene *afectable* por los otros. La responsabilidad –o capacidad de *responder ante el otro*, ser *responsable*– surge de ese compromiso: una ética de la responsabilidad tiene que ver con colocar en un lugar central nuestras relaciones con el prójimo; fomentar la potencia de responder ante los demás por lo que hacemos o dejamos de hacer.¹⁷

Desde este punto de vista, inmediatamente surgen, al menos, tres preguntas. Al contar una historia hablamos acerca de gente que ya está muerta. ¿Tenemos algún tipo de responsabilidad ética por lo que decimos frente a esos muertos? Al mismo tiempo, una historia se le cuenta hoy a quienes habitan el mundo con nosotros ¿Cuál es nuestra responsabilidad frente a esos otros que nos escuchan? Y tercero ¿cómo habitamos éticamente el espacio universitario en el que nos formamos y trabajamos?

La primera pregunta es quizás la más complicada. ¿Por qué habríamos de responder ante los muertos? ¿Por qué no contar sus vidas de la manera que nos da la gana, para ejemplificar o demostrar aquello que necesitamos en el presente? ¿Por qué no manipularlas o adaptarlas para que sirvan mejor a nuestras intenciones políticas? Los límites temporales de nuestra vida no nos son dados a nuestra propia autoconciencia; también ellos surgen en nuestra relación con los demás. Sólo sabemos de los extremos de nuestra existencia –nuestro nacimiento y nuestra muerte– “desde afuera”, es decir, a través del testimonio de los otros. Ni nuestro nacimiento ni nuestra muerte son acontecimientos que conozcamos por nosotros mismos: el “argumento” de nuestra vida nos viene dado “desde afuera”. Nuestro principio y nuestro fin sólo se nos aparecen construyéndonos como personajes de una historia; y ello sólo es posible situándonos desde el punto de vista de un otro. Asimismo, tampoco la totalidad temporal del mundo nos es patente a través de nuestra propia experiencia individual. Recibimos la imagen “completa” del mundo a través de las vidas concluidas de quienes fueron sus personajes. Su valor como totalidad en la que vivimos se nos aparece cuando nos imaginamos habitando el mismo mundo de los otros, el mundo de Cristo, Sócrates y Napoleón, la tierra de esclavos fugitivos, campesinos insurrectos y trabajadores rebeldes, y también la que enmarcó la vida de nuestros seres queridos que ya no están.¹⁸ La valoración de las vidas de esos otros, la relación con ellos, afecta el modo en que valoramos hoy la propia. De allí, de nuestra dependencia de los demás –incluso de los otros que han muerto– para “completarnos” en nuestra existencia como criaturas temporales deriva el compromiso ético de permanecer abiertos a lo que aún tengan para decirnos, de seguir siendo *afectables* por esas vidas. Convertir a esos otros muertos en meros objetos inertes, caricaturas unidimensionales al servicio de nuestras narraciones, no es sino otra forma de cerrarnos en el monólogo. Nuestra práctica de divulgación debe poder responder por el modo en que trata las vidas que narra, reconocerlas como vidas plenas de sentido y no forzarlas a ser simplemente lo que nosotros quisiéramos que fueran. Rescatar esa complejidad significa para nosotros asumir una actividad historiográfica éticamente responsable. Porque lo contrario, trazar una dirección única al pasado, barrer con la complejidad de la existencia de quienes nos precedieron en nombre de la efectividad política de un relato, significaría convertir a esos otros en meros objetos de consumo (algo demasiado similar a la actividad que realiza la clase dominante).

La segunda pregunta es más sencilla. En la medida en que las historias que contamos hoy tienen la capacidad de afectar las vidas de quienes las escuchan, ya que el modo en que narramos nuestro pasado asigna implícitamente lugares y papeles a cada quien en el presente, y desde que son las historias narradas las que nos ayudan a construir nuestra identidad personal y colectiva, estamos obligados a responder ética y políticamente por lo que hagamos como divulgadores. Al contar historias, asumimos una responsabilidad para con aquellos otros que viven con nosotros en nuestro tiempo. Pero nuestra ética está histórica y políticamente situada: el otro ante quien vamos a responder no es universal ni absoluto, sino un ser real y concreto que se determina en el movimiento de una comunidad a través de su historia. Hoy, aquí y ahora, no vamos a responder ante aquellos que se esfuerzan por mantener un estado de cosas injusto y opresivo como el actual. No respondemos ante ese *individuo humano abstracto y general* que postulan los liberales, sino ante la comunidad de nuestros hermanos y hermanas de clase, nuestros compañeros de sufrimientos y alegrías. Nuestras opciones éticas están en relación con un planteo político de transformación social y de crítica al *modo de vida capitalista*. Como decía Marx, “la propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y unilaterales que un objeto sólo es *nuestro* cuando lo tenemos, cuando existe para nosotros como capital o cuando es inmediatamente poseído, comido, bebido, vestido, habitado, en resumen, *utilizado* por nosotros (...) En lugar de *todos* los sentidos físicos y espirituales, ha aparecido así la simple enajenación de *todos* estos sentidos, el sentido *tener*”.¹⁹ Ya que el capitalismo es *malo* para nosotros, ya que nos diezma la vida, nos fragmenta, nos aliena en nuestra relación con nosotros mismos y con los demás, las historias que contamos deben asumir la responsabilidad *ético-política* de su crítica. Pero como somos parte, junto con nuestros hermanos y hermanas, de la comunidad que padece los efectos del capitalismo, y como sólo *con* (y no *sobre*) ellos cambiaremos este modo de vida, tenemos la responsabilidad de no “venderles carne podrida” sobre el pasado (de la misma forma en que uno no vende carne podrida sobre el presente), de no endiosar héroes, no construir monumentos intocables, no ocultar contradicciones. Se trata, en cambio, de aportar herramientas práctico-conceptuales para la acción colectiva. Esto implica asumir los debates presentes como problemas políticos e intervenir desde una perspectiva manifiesta, respetuosa de los demás, no oculta ni manipulativa.

En tercer lugar, se trata de asumir una actitud ética en el territorio donde nos hemos formado. Esta responsabilidad parte de nuestra crítica política a la academia, a su forma de producir el saber histórico escindida del afuera social. Por un lado, esta crítica se dirige a la enajenación de la producción histórica que la academia produce al direccionar el trabajo de los historiadores primeramente al engrosamiento de sus propios *curriculum vitae* individuales y al destinar el fruto de su trabajo prioritariamente al consumo del mismo círculo cerrado de la comunidad de historiadores e intelectuales. Por otro lado, asumir una actitud ética implica preguntarse por el uso de los recursos que consumimos en nuestra labor. Porque son las clases dominadas las que producen la historia misma, la vida toda, incluyendo los fondos que la universidad utiliza. Como reconocía hace poco una agrupación estudiantil:

Podemos regodearnos en nuestro chiquero y seguir creyendo que la sociedad civil mantiene sus instituciones con los impuestos de todos los ciudadanos. Pero la torre de marfil no tiene vida eterna y ya vendrá la turba iracunda a preguntarnos qué hicimos con el tiempo de trabajo social que destinó el Estado para reproducir nuestras condiciones de vida ascética en las aulas²⁰

Nuestra responsabilidad para con la turba iracunda es justamente volcar nuestra producción hacia fuera, divulgar nuestra formación, socializarla, hacerla del vulgo. Como apuesta *ético-política*, la divulgación trata de hacer porosos los límites del adentro y el afuera que muchas veces la universidad se esmera en reforzar.

Notas

¹ Roy Rosenzweig y David Thelen: *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*, New York, Columbia University Press, 1998. Fragmentos disp. en www.historians.org/perspectives/issues/2000/0005/0005spl2.cfm

² Harry Harootunian: "Shadowing History: National Narratives and the Persistence of the Everyday", *Cultural Studies*, vol. 18, no. 2-3, 2004, pp. 181-200.

³ La experiencia de los talleres barriales de historia oral organizados por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires desde 1984 permite también pensar en la relación entre el pasado vivido y la historia aprendida. Los organizadores de estos talleres, en los que se buscaba que los vecinos de un barrio reconstruyeran su historia coordinados por un historiador, hablan de una clara diferencia entre los momentos en que los participantes narraban la historia aprendida (la de los historiadores), y los que pasaban a contar su propia experiencia. Al ser consultados por los días que siguieron a distintos golpes de Estado en los años 50, 60 y 70, por ejemplo, los entrevistados relataban la historia tal como se aprende en la escuela o en los medios de comunicación (contaban detalles de la conspiración y las medidas de gobierno). Pero al pasar del plano histórico a la pregunta por su vida particular en aquel mismo momento, aparece en escena la vivencia: el recuerdo de los tanques por la calle, el miedo, el aprovisionamiento de comida por las dudas... Liliana Barela, Mercedes Miguez y Laura Martino: "Un abordaje de la historia local a través de la historia oral", ponencia inédita, VI Encuentro Nacional de Historia Oral, Centro Cultural General San Martín (Buenos Aires), 15 al 17 de octubre de 2003.

⁴ Giorgio Agamben: *Che cos'è un dispositivo?*, Roma, Nottetempo, 2006. Fragmento en español disponible en <http://libertaddepalabra.tripod.com/id11.html>. Ver tb. Gilles Deleuze: "¿Qué es un dispositivo?" en Etienne Balbier, Gilles Deleuze, et al.: *Michel Foucault, filósofo*, Barcelona, Gedisa, 1990, pp. 155-63.

⁵ Esta comparación se inspira en la lectura de Anabelle Klein y Jean-Luc Brackelaire: "Le dispositif: une aide aux identités en crise?", disp. en <http://www.comu.ucl.ac.be/RECO/GReMS/annaweb/dispositif.htm>

⁶ Sobre este tema véase Ezequiel Adamovsky: "La historia como actividad vital", en idem (ed.): *Historia y sentido: exploraciones en teoría historiográfica*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2001, pp. 9-22.

⁷ A título de ejemplo, el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (Buenos Aires, Anteo, 1947), editado por el propio partido, incluye un "panteón" de retratos venerables en el que Marx, Engels, Lenin y Stalin se codean con San Martín, Moreno, Rivadavia, Belgrano, Sarmiento y Alberdi. La narrativa, por su parte, comienza cronológicamente con el surgimiento de "la clase obrera propiamente dicha" [sic] en la década de 1880, es decir, con la llegada de los trabajadores industriales de origen europeo (pp. 7, 150).

⁸ Ver John Holloway (ed.): *Clase ≅ Lucha: Antagonismo social y marxismo crítico*, Buenos Aires, Herramienta, 2004, p. 79.

⁹ Lo que sigue está inspirado en las agudas observaciones del libro de Alejandra Oberti y Roberto Pittaluga, *Memorias en montaje*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2006.

¹⁰ Algo así es lo que hicimos nosotros mismos en *Tiempo de insurgencia*. El recuerdo de la Revolución rusa, tal como nos llega contado desde la propia tradición de izquierda, a menudo opera impulsando a la repetición de estrategias políticas, prácticas y discursos que hoy están caducos y que funcionan como un bloqueo para las luchas emancipatorias. Nuestro trabajo consistió en proponer una manera diferente de recordar ese evento: sin dejar de hacerlo propio, marcamos una distancia crítica respecto del legado bolchevique que nos permitió, al mismo tiempo, trazar líneas de filiación nuevas con otros ancestros y con otras prácticas. El recuerdo de 1917 se activa de este modo apuntando a un "nosotros" futuro diferente del "nosotros" que imaginan quienes recuerdan ese hito desde una perspectiva (aún) bolchevique. Véase Producción colectiva: *Tiempo de Insurgencia: Experiencias comunistas en la Revolución rusa*, Buenos Aires, 2006.

¹¹ Ver Ranajit Guha: "La prosa de la contra-insurgencia", en Silvia Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (eds.): *Debates postcoloniales*, La Paz, Historias/SEPHIS, 1997, pp. 33-72.

¹² György Lukács: "Narrar o describir", en idem, *Problemas del realismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 177, 185-86.

¹³ Carlos García Gual: *Apología de la novela histórica y otros textos*, Barcelona, Península, 2002, p. 12.

¹⁴ León Rozitchner: "La izquierda sin sujeto", *La Rosa Blindada*, 1966, repr. en idem: *Las desventuras del sujeto político, ensayos y errores*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1996, p. 69.

¹⁵ José Saramago: *El Evangelio según Jesucristo*, Madrid, Alfaguara, 2003, p. 219.

¹⁶ Este fragmento pertenece a un trabajo de próxima publicación de uno de nosotros.

¹⁷ Estas ideas están inspiradas en Mijail Bajtin: "Autor y personaje en la actividad estética", en idem: *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 19-122.

¹⁸ Bajtin: "Autor y personaje...", pp. 95-102.

¹⁹ Karl Marx, "Tercer Manuscrito", en idem, *Manuscritos económico filosóficos de 1844*, Madrid, Alianza, 1984, p. 148.

²⁰ "Vivir y Pensar como Puercos", Volante de la agrupación *400 Golpes*, Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, septiembre 2007.

Anexo

Principales canales de difusión de nociones del pasado que afectan la formación social de la conciencia histórica

La siguiente lista –que de ningún modo tiene pretensión de exhaustividad– se propone hacer visible la variedad de canales a través de los cuales se emiten mensajes e imágenes sobre el pasado que contribuyen a la formación de sentidos históricos. Los ejemplos y bibliografía comentada hacen foco en experiencias de Argentina.

1 FICCION

1.1 La novela histórica

Uno de los géneros preferidos de los lectores en todo el mundo, en Argentina tiene también una extraordinaria difusión, en obras tanto de estilo tradicional (por ejemplo *La trama del pasado*, de Cristina Bajo) como en otra de veta satírica (por ejemplo *1810: La Revolución de Mayo vivida por los negros*, de Washington Cucurto). El historiador Félix Luna incursionó en el género con *Soy Roca*, una autobiografía ficcionada de Julio A. Roca. Sobre la espinosa cuestión de la posibilidad de aceptar la novela histórica como canal legítimo de divulgación de saberes sobre el pasado puede leerse: Carlos García Gual: *Apología de la novela histórica*, Barcelona, Península, 2002; Casilda Madrazo Salinas et al.: *Historia y Literatura: dos realidades en conjunción*, México, Universidad Iberoamericana, 2006.

1.2 Ficciones históricas en cine o TV

Las temáticas históricas suelen estar muy presentes en el cine y la televisión, desde la miniserie *Vientos de Agua* (Canal 13, 2006) hasta la aparición de Perón y Evita en la tira *Padre Coraje* (Canal 13, 2004). El cine argentino ha sido rico en películas de temáticas históricas, como *Evita*, *Asesinato en el Senado de la Nación*, *La guerra gaucha*, *La noche de los lápices*, *La Patagonia rebelde*, etc.

1.3 Ficciones históricas en teatro

También el teatro argentino ha frecuentado las temáticas históricas. Existen exitosas obras que han puesto en escena verdaderas narraciones de la historia nacional, como *Una historia tendenciosa*, de Ricardo Monti, *El Fulgor Argentino*, del grupo Catalinas Sur o *Salsa Criolla*, de Enrique Pintí. Otra innumerable cantidad de piezas apela a referencias históricas más puntuales, como *Venimos de muy lejos del mismo grupo Catalinas Sur*, *Cuestiones con Che Guevara*, de José Pablo Feimann y *Guayaquil*, de Pacho O'Donnell.

1.4 Otras

La publicidad, los video-clips, etc. pueden también incluir mensajes sobre el pasado. Lo mismo vale para otros productos comerciales, como por ejemplo juegos electrónicos como “*La era de los Imperios*” (*Age of Empires*).

2 NO FICCION

2.1 Documentales e informes en cine, radio o TV

De gran difusión, especialmente en los últimos años, son los informes documentales históricos, que proliferan tanto en cine como en TV. En esta última se destacan el ciclo *Algo Habrán Hecho* por la Historia Argentina (2005) de Felipe Pigna y Mario Pergolini (que además se combina con elementos ficcionales) y los documentales de Canal Encuentro conducidos por el historiador Gabriel Di Meglio. Los noticieros de TV también emiten frecuentes “informes” sobre acontecimientos históricos y existen incluso programas enteros dedicados al pasado, como *Noticias de la historia*, conducido por Diego Valenzuela en canal TN. En cine hay una larga tradición de documentales, como los de Raymundo Gleyzer de los años sesenta y setenta, la película *La República perdida* o los más recientes dedicados a diversos aspectos de la década de 1970, como *Trelew*. La fuga que fue masacre de Mariana Arruti. En radio también existen numerosos ejemplos, como el programa “*Soltando Pájaros*” conducido por Atilio Bleta que emite radio Nacional (AM 870) semanalmente, en el que se invita historiadores a hablar sobre sus temas de investigación. Una experiencia colectiva y de contenidos antagonistas digna de destacar es el programa “*La Hidra de mil cabezas: historia de los movimientos sociales*”, que se emite dos veces por semana por Radio Universidad de Mendoza.

2.2 Libros de historia (ensayos o monografías)

Además de los libros tradicionales de historia, existe una robusta tradición de ensayismo histórico que va desde una perspectiva crítica (por ejemplo en los clásicos de Arturo Jauretche o Jorge A. Ramos) hasta otra más liberal (como los más recientes de Marcos Aguinis). Es difícil exagerar la influencia que han tenido en Argentina libros como *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano.

En los últimos años ha florecido la literatura de divulgación histórica propiamente dicha. La delantera en este florecimiento la han tomado algunos autores ajenos al campo académico, como Felipe Pigna o Jorge Lanata, que reemplazaron a Félix Luna en el lugar de historiadores más conocidos para el público general. Frente a esto la academia ha respondido recientemente con colecciones como “Nudos de la Historia”, que dirige Jorge Gelman para editorial Sudamericana entre otras iniciativas. Los medios de comunicación han zanjado ambos mundos con publicaciones propias, como los fascículos *La fotografía en la historia argentina* publicados por el diario Clarín con participación tanto de historiadores académicos como de los “nuevos divulgadores”. También *Página/12* viene publicando en forma de fascículos una *Historia argentina*, *Historia de los partidos políticos argentinos* e *Historia de la economía argentina del siglo XX*. Sobre la recepción de las obras de “nueva divulgación” véase Pablo Semán, “Historia, best-sellers y política”, en *Bajo continuo*. Exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva, Editorial Gorla, Buenos Aires, 2006.

2.3 Otros canales

La divulgación de historia en formatos no ficcionales se vale además de una serie de canales variados. Hay por ejemplo revistas especializadas bien instaladas entre el público como *Todo es Historia*, dirigida por Félix Luna. Felipe Pigna viene utilizando también el formato del comic con la serie *La historieta argentina*. Existe además una variedad de folletos y textos de lectura simple, desde los artículos de diarios, revistas y páginas web, hasta libros ilustrados “Para principiantes”, como los de la editorial *Era Naciente*, etc.

3 CIRCUITO ESCOLAR

3.1 Docencia escolar

Tanto en el nivel primario como en el secundario, la labor educativa de los docentes es fundamental en la difusión de saberes históricos e imágenes del pasado. Además del discurso del educador frente a los estudiantes, estos contenidos se transmiten por otros canales asociados:

3.1.1 Manuales escolares

En Argentina, a diferencia de lo que sucede en otros países latinoamericanos, la producción y distribución de estos materiales está en manos del mercado, con una mínima participación del Estado como autoridad última con capacidad de desautorizar el uso de alguno. En los últimos años se ha evidenciado una tendencia por parte de algunas de las editoriales más importantes de convocar a historiadores profesionales para la escritura de los libros de texto, sin que las universidades hayan tenido en general una política activa en este sentido. Como resultado, se cuenta hoy con algunos cuyos contenidos escapan a las visiones más tradicionales o conservadoras del pasado, de rigor en los manuales hasta no hace mucho tiempo. Véase por ejemplo Gustavo Schujman, Laura Clérico y Vera Carnovale: *Derechos humanos y ciudadanía*, Buenos Aires, Aique, 2005.

3.1.2 Revistas escolares

También en manos de empresas comerciales, existe en Argentina una tradición de revistas escolares, como las clásicas *Billiken* y *Anteojito* (y más recientemente *Genios*) que suelen tener secciones de historia bastante prominentes.

3.1.3 Actos conmemorativos escolares

Los discursos, producciones especiales y puestas en escena de determinados acontecimientos históricos durante los actos escolares también constituyen un canal importante de difusión de contenidos sobre el pasado. El recurso típico de “disfrazar” a los niños para que personifiquen próceres o personajes de las gestas patrióticas sin duda tiene un efecto importante para lograr que determinados saberes se hagan carne en ellos.

En general los historiadores argentinos se han involucrado relativamente poco en el circuito de la docencia en niveles primario y secundario, una actividad que suele ser subvaluada. En ocasiones el Estado requirió sus servicios a la hora de plantear reformas educativas y excepcionalmente algunos han producido reflexiones al respecto. Por ejemplo, Luis Alberto Romero: *Volver a la historia: su enseñanza en el tercer ciclo de la EGB*, Buenos Aires, Aique, 2002; Raúl Fradkin: “Enseñanza de la Historia y

Reforma Educativa. Algunas reflexiones sobre los Contenidos Básicos Comunes”, Anuario IEHS N° 13, 1998; Dora Schwarzstein: Una introducción al uso de la historia oral en la escuela, Buenos Aires, FCE, 2001. Entre los especialistas en educación hay un cuerpo de reflexión ya importante, que no eludió pensar el problema de la escisión entre historia académica e historia escolar. Véase por ejemplo Gonzalo de Amézola: Esquizohistoria: La historia que se enseña en la escuela, la que preocupa a los historiadores y una renovación posible de la historia escolar, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2008. Por otro lado, la Universidad Nacional del Litoral publica desde 1996 una revista especializada, Clío y Asociados, La historia enseñada.

4 CIRCUITO de EDUCACION INFORMAL o VOLUNTARIA

4.1 Charlas públicas y cursos populares

Las constantes charlas y conferencias públicas sobre temas históricos tienen también su importancia a la hora de difundir saberes históricos. Recientemente ha suscitado un notable interés, por ejemplo, un ciclo de charlas de Norberto Galasso en la ciudad de Buenos Aires. Por otra parte, tradicionalmente los centros barriales, los partidos populares, los movimientos sociales y los sindicatos desarrollan intensas actividades de formación que suelen incluir cursos de historia.

4.2 Investigaciones participativas

Una mención aparte merecen los talleres y otras experiencias en las que se involucra a comunidades locales en actividades de investigación y escritura de su propia historia. Un ejemplo interesante es el de los “Talleres de Historia” organizados por el Plan Nacional de Lectura en 1987-1989; véase Delia Maunás et al.: Los Talleres de Historia por dentro, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación, 1989. El Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires también desarrolló una experiencia interesante con los “Talleres de historia oral” en los barrios desde 1986. Más allá de las iniciativas estatales, estas son también actividades que se impulsan desde las organizaciones políticas.

4.3 Paseos históricos

Con o sin fines comerciales, los paseos en sitios de interés histórico suelen ser muy efectivos a la hora de aprehender el pasado de modo más tangible. Un buen ejemplo es Eternautas, una pequeña empresa formada por historiadores que ofrece tours históricos por la ciudad de Buenos Aires.

4.4 Museos

En el mismo sentido, los museos han sido tradicionalmente sitios en los que las personas pueden tener un contacto directo con artefactos, imágenes y documentos del pasado. La selección de objetos que realizan y los recorridos que proponen, suelen transmitir verdaderas “interpretaciones” acerca del pasado. También funcionan como sitio de producción o resguardo de la memoria colectiva. En Argentina hay un importante circuito de museos estatales, como el Museo Histórico Nacional, el Museo Roca, etc. También ha habido iniciativas de construcción de museos por parte de individuos o grupos sociales para preservar una memoria específica, descuidada por el Estado (aunque luego puedan haber recibido apoyo estatal), por ejemplo el Museo Ferroviario Ferrowhite de Bahía Blanca, el Museo Casa de Ernesto Che Guevara, etc. Otro ejemplo es la utilización de ex centros clandestinos de detención para el emplazamiento de museos. Para una reflexión sobre el valor de los museos en la formación de los saberes sobre el pasado, véase Silvia Alderoqui (ed.): Museos y escuelas: socios para educar, Buenos Aires, Paidós, 1996.

4.5 Exposiciones

En un sentido similar al de los museos pueden mencionarse las exposiciones más puntuales o limitadas en el tiempo. Un ejemplo entre muchos posibles: la exposición “Imágenes para la Memoria”, organizada por Memoria Abierta, en conmemoración de los 30 años del Golpe de Estado de 1976 en el Teatro San Martín, que alcanzó bastante repercusión durante 2006.

4.6 Representaciones/Puestas en escena históricas

Tanto el Estado como grupos no estatales se valen en ocasiones de “narraciones vivientes” o escenificaciones de eventos del pasado como modo de transmitir mensajes históricos. Un ejemplo reciente es el de la recreación de las Invasiones Inglesas organizada por el Ejército en el Regimiento de Patricios de Palermo (ciudad de Buenos Aires) el 4 de mayo de 2006. Entre los movimientos sociales, se destacan en este sentido las “Místicas” que realiza frecuentemente el Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) para transmitir entre sus miembros la historia de las luchas campesinas.

5 OTROS MEDIOS

5.1 Carteles, Graffitis, Murales

Este tipo de referencias a acontecimientos del pasado son parte de un repertorio de uso constante en paredes, remeras, etc. Los afiches que realiza el grupo Iconoclasistas, laboratorio de comunicación y recursos contrahegemónicos por ejemplo, trazan “mapas” que explican el funcionamiento de diversos modos de opresión en la vida cotidiana (www.iconoclasistas.com.ar).

5.2 Acción Directa

También como recurso habitual de la acción política, algunos grupos han realizado acciones directas para señalar la actualidad de cuestiones del pasado o interferir sobre el modo en que se las recuerda. Ejemplo de ello son los “escraches” realizados por la agrupación HIJOS para hacer visibles las marcas del pasado que continúan activas en el presente en cada barrio. Otro ejemplo son los ataques e intervenciones que ha realizado el pueblo mapuche sobre la estatua del gral. Roca emplazada en Bariloche.

5.3 Actos conmemorativos

En el mismo sentido se han utilizado los actos públicos, como los del 1ro. de Mayo que tradicionalmente organiza la clase obrera en todo el mundo para recordar a los que murieron en luchas pasadas y actualizar su legado.

5.4 Campañas

Con el fin de preservar la memoria o incidir en el modo en que se recuerda también se emplean campañas puntuales de esclarecimiento. Por ejemplo, la que organizó el historiador Pedro Navarro Floria en 2004, cuando recolectó firmas de otros historiadores en reacción a un intento del diario La Nación y del entonces director del Museo Histórico Nacional de negar el carácter de “genocidio” que tuvo la llamada Campaña al Desierto de 1879.

5.5 Monumentos y nominación de lugares públicos

El Estado se ha valido tradicionalmente de la construcción de monumentos y de la asignación de nombres a calles y sitios públicos como modo de construir una memoria del pasado que respondiera a sus intereses. Pero también se ha utilizado un recurso análogo con un sentido antagonista. Buen ejemplo de son las placas recordatorias de los caídos en la represión del 20 de diciembre de 2001 que instaló el Grupo de Arte Callejero (GAC) en varias calles de Buenos Aires, varias veces retiradas clandestinamente por la policía y vueltas a instalar por el GAC. También son dignas de mención las intervenciones sobre nombres de sitios públicos, como los frecuentes ataques a los carteles de la calle Ramón Falcón, o la campaña para red denominar la estación de tren Avellaneda como “Darío y Maxi”, en recuerdo de los dos piqueteros asesinados allí en 2002.

5.6 Canciones y poemas

No sólo en los cantos de las manifestaciones políticas se hace referencia al pasado. También existen artistas populares que utilizan sus letras para transmitir la memoria histórica o reconstruir eventos del pasado. En Argentina pueden mencionarse, por ejemplo, las canciones “La Memoria” (León Gieco), “Quien quiera oír, que oiga” (Lito Nebbia), “San Jauretche” (Los Piojos) o el éxito que tuvo “Papá cuéntame otra vez”, del español Ismael Serrano.

En boca de todos. Apuntes para divulgar historia

1era edición
Chacarita, 2008

Editado por nosotros mismos

Colectivo de trabajo: Luciano Zdrojewski, Romina Veliz, Ana Guerra, Pablo Cortés, Aldo Chiaraviglio, Martín Baña y Ezequiel Adamovsky.

E-mail: divulgarhistoria@gmail.com

La reproducción de este texto a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias son permitidos y alentados por los editores.

Impreso en Argentina.

Se hicieron 150 ejemplares impresos por *en el aura del sauce*.

Imagen de tapa: “Cara fea”, litografía del diario paraguayo *El Centinela*. La trinchera de las tropas paraguayas en Humaitá.



Producción colectiva